
EXTRAÑA
INVASION
P. DANGER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


P. DANGER
EXTRAÑA INVASION
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPOSITO LEGAL. V. 835.—1962.
NUM. RGTRO.: 6773.—1961.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



CAPÍTULO I

El primer contacto

¿Cómo vinieron? ¿Cómo aparecieron tan repentinamente en la Tierra? ¿Cómo consiguieron lograr lo que lograron? Estas son preguntas que no hemos llegado a contestarnos completamente nunca. Sencillamente aparecieron, y se quedaron. Como dijo Carlomagno (¿era Carlomagno?): «Llegué, vi, vencí». Sólo que ellos, además de esto, hicieron otras muchas cosas...

Déjenme que se lo cuente. Ya sé que la mayoría de ustedes conocen gran parte de lo sucedido, pero no lo saben todo. Sólo saben que aparecieron, nos hicieron la vida imposible durante una buena temporada... aunque estoy diciendo demasiado. Será mejor que comience por el principio.

En realidad, nosotros nunca llegamos a imaginarnos que aparecerían «así». Si esperábamos una invasión, la esperábamos diferente, absolutamente diferente de como sucedió. Creíamos que nuestros hipotéticos invasores descenderían sobre la Tierra en poderosas naves y llevando no menos poderosas armas, ostentando un gran alarde de poder. Nosotros, con todas nuestras fuerzas, repeleríamos su ataque. Nos causarían muchas bajas, es cierto, pero nosotros también mataríamos a muchos de ellos. Y al final, el

Hombre siempre gana la partida, los venceríamos.

Y sin embargo, todo sucedió de un modo absolutamente diferente.

Verán, todo comenzó cuando...

* * *

Aquella mañana, el policía André Ronblain, de la Policía de Seguridad de la gran conferencia internacional Pro Paz, celebrada en París, se encontraba haciendo guardia ante el palacio de las Naciones Unidas (mejor se le debería llamar de las Naciones Desunidas), vigilando que nadie sin permiso especial se acercara demasiado al edificio. En realidad, su misión era muy simple: se encontraba en el último cordón exterior de vigilancia, y casi lo único que tenía que hacer era impedir que la gente curiosa se aglomerara ante él. Con un «circulen» de tanto en tanto, tenía todo su trabajo hecho.

Por eso, estaba tranquilo. Sabía que allí fuera no sucedería nada. Donde sí iba a suceder algo era dentro, en el interior del palacio, en la sala de conferencias. Se habían reunido allí los delegados de casi todas las naciones, a discutir lo de siempre: que si se reanudaban las pruebas atómicas, que si no se reanudaban, que si «alguien» iba a arrear un bombazo en la cabeza de la nación vecina si continuaba haciéndose la tonta... Las amables reuniones de buena voluntad de siempre. Sólo que un poco más violenta que de costumbre. En esta ocasión faltaba muy poco para que empezara a salir humo del techo del edificio.

Pero Ronblain, como buen policía y como buen francés, estaba tranquilo. No se preocupaba de lo que sucedía allí dentro. Si los delegados que, con la corbata floja y la frente inundada de sudor chillaban allí dentro, querían arrearse tortazos atómicos entre sí, allá ellos. Él se conformaba con poder estar paseando por allí, respirando aquel magnífico aire de la primavera de París...

Entonces fue precisamente cuando lo vio por primera vez.

Se detuvo a contemplarlo. Era un chaval, de no más de diez años de edad. Pequeño, mofletudo, quizás un poco demasiado gordito... y vistiendo un traje marciano «dernier cri», con su casco espacial y su atomizador y todo.

Se le quedó contemplando con una sonrisa en los labios; el también tenía un hijo de aquella misma edad. «Las cosas que inventan hoy en día las casas de juguetes -pensó-. Si no fuera porque se trata de un niño, diría que el traje, el casco y la pistola son de verdad».

El chaval avanzaba con paso un poco torpe por el sendero enarenado, justamente en dirección hacia él. Ronblain esperó que se acercara un poco más; le hacía gracia la cosa. Un chaval tan pequeño, tan mofletudo... Y embutido en aquel traje de pacotilla. Luego decían que la gente tenía instintos bélicos. Si de chicos empezaban ya así...

El niño se paró justamente delante de él, y dentro de su casco transparente -material plástico, con un agujero de ventilación, pensó el policía- elevó su cabeza para mirarle.

-Hola -dijo.

-Hola, chico -respondió-. ¿Cómo te encuentras?

-Yo muy bien. ¿Y tú?

Aquel tuteo no le gustó a Ronblain; esa juventud de hoy en día... Tenía ideas muy estrictas respecto a la educación infantil y al respeto que debían tener para con sus mayores. Frunció levemente el ceño.

-¿Dónde vives?

El chaval se encogió de hombros.

-Muy lejos, no importa. Dime, ¿es cierto que aquí es donde se celebra una reunión internacional?

-Sí, así es. Pero tú no puedes entrar.

-¿Por qué?-el chico puso cara de extrañeza y enfado.

-Pues porque... -vaciló unos momentos-, porque se asustarían mucho al verte vestido así. Los diplomáticos que se encuentran ahí dentro se asustan muy fácilmente.

-¿Ah, sí?

-Sí. Figúrate que...

El chaval hizo un gesto con la mano.

-Ya lo sé. Sucedió en la conferencia del setenta y dos. La estudié hace doce días. Fue muy divertido, pero no tiene nada que ver con esto.

Ronblain estaba sorprendido. Precisamente iba a contarle lo sucedido en la conferencia del setenta y dos.

-¡Oye! ¿Cómo has sabido...?

-¡Toma, porque lo he leído!

-¿De veras? ¿Dónde?

-¡Y dónde va a ser! En tu cabeza, hombre.

Y echó a andar hacia adelante, en dirección al palacio.

Ronblain quedó unos instantes perplejo por aquellas palabras. De pronto reaccionó. Dio una pequeña carrera, y agarró al chico por un brazo.

-¡Eh, chaval! Ya está bien de guasa. Te he dicho que no se puede pasar.

-¿Y por qué no?

El agente empezó a amoscarse.

-¡Toma! porque... porque... ¡porque no, diablo! Si tienes ganas de jugar, te vas a otro sitio. Estas cosas son demasiado serias para un niño de tu edad.

El chaval frunció el ceño.

-¿Niño? ¿Niño? -pareció buscar algo en su cerebro. De repente, su rostro se iluminó-. ¡Ah, sí, niño! ¿De modo que los niños no pueden entrar ahí dentro?

Ronblain se sintió satisfecho de sí mismo.

-Exacto.

El chaval suspiró.

-Bien, entonces lo siento. No quería asustarles, pero me parece que deberé entrar de la otra manera. ¡En fin, qué vamos a hacerle! Muchas gracias por la información, amigo. Hasta más ver.

Y, dichas estas palabras, se fue.

Y el agente André Ronblain se quedó poco menos que viendo visiones. ¡Dios mío! -pensó-. ¿Era acaso aquello realmente un niño? Porque un niño puede disfrazarse de marciano. Un niño, si es un poco precoz, puede hablar como había hablado aquel chaval. Pero, ¿puede un niño, por precoz que sea, largarse desapareciendo repentinamente en el aire, sin dejar el menor rastro de su anterior existencia?...

* * *

La reunión internacional se encontraba, en el interior del palacio, en su apogeo. El delegado ruso, índice en ristre, amenazaba con hacer estallar una bomba atómica en el corazón de los Estados Unidos si éstos seguían tercos y no accedían a sus peticiones. Y los Estados Unidos respondían que ellos no se estarían quietos si Rusia seguía sustentando sus absurdas pretensiones. Total, una reunión como todas.

En aquel momento el delegado italiano -neutral- estaba intentando calmar un poco los ánimos. El delegado ruso, sin atender a razones,

vociferaba, puesto en pie:

-¡No admito intermediarios! ¡Si el delegado norteamericano no accede a mis peticiones, yo...!

En aquel mismo momento fue cuando, en medio de la gran mesa, apareció el hombrecillo.

La mesa del salón de reuniones formaba un gran círculo, a cuyo alrededor, por la parte exterior, se encontraban sentados los delegados. El centro estaba vacío. Solamente algunos cables de los micrófonos, por el suelo, ocupaban aquel espacio.

Allí fue, precisamente entre aquellos cables, donde apareció el hombrecillo.

El delegado ruso, con el índice elevado en el aire, se quedó a media frase, con la boca abierta. Un silencio pesado se extendió en el resto de la sala. Y la voz del recién llegado aparecido, claramente audible para todos, resonó en el silencio reinante:

-Prosiga, señor delegado. ¿Qué es lo que iba diciendo?

Nadie respondió. Lentamente, el delegado ruso bajó el dedo. Todas las miradas estaban fijas en la repentina aparición. En realidad, más que un hombrecillo parecía un niño, con su traje de marciano y su casco sideral y todo. Era -naturalmente- el mismo chaval que, tan sólo unos segundos antes, acababa de dejar perplejo al policía Ronblain.

-¿Qué es lo que decía, señor delegado? -repitió, al observar que nadie decía nada.

Entre todos se cruzaron sendas miradas de estupefacción. Al fin, el delegado ruso, reaccionando bruscamente, estalló:

-¿Quién diablos es usted?

El hombrecillo se lo pensó unos momentos.

-Verá -dijo al fin-. Mis íntimos me llaman sencillamente Zog. Pero mi nombre completo es, hoy por hoy, Zogganmoldznfarzmal2357rommrdsterns.

Todos se quedaron de una pieza; no habían entendido absolutamente nada. El delegado ruso, echando una furibunda mirada a los demás, como si ellos fueran los culpables, les bramó:

-¿Pero pueden explicarme qué diablos significa...?

Y el hombrecillo, como si le hubieran preguntado a él, respondió:

-Es muy fácil. Verá: Zogganmoldzn es la herencia de nombre que he

recibido de mi entroncamiento familiar; farzmal es mi categoría: farz categoría corporal y mal categoría mental; 2357 es mi edad, en años de mi planeta, naturalmente. Y rommrdsterns indica, por partes, mi categoría racial, mi grado, mi misión dentro de mi raza y mis aptitudes. Claro está que, como ya les he dicho, este nombre es hoy por hoy. Cada año varía la cifra de la edad y, según, puede variar también mi categoría racial, mi grado, mi...

-¡Basta! -el delegado ruso estaba lívido--. Si esto es una broma de algún estúpido, les advierto, señores...

El hombrecillo desapareció de la parte central de la mesa y volvió a aparecer, de pie, frente al delegado.

-¿Una broma? Vamos, señor delegado, por favor. Nosotros somos personas serias. Las bromas no están permitidas en nuestro planeta.

Fue el estallido. Había aparecido repentinamente en el centro de todos ellos; luego se había trasladado hasta situarse frente al ruso, desapareciendo y volviendo a aparecer. Por lo tanto...

El delegado ruso comprendió que aquello «no podía» ser ninguna broma. Hundió la cabeza entre las manos, y se puso a gruñir furiosamente palabras incomprensibles en su idioma natal...

Otro de los delegados, más sereno, se dirigió hacia el hombrecillo.

-Procedamos con calma -dijo, aunque en el fondo no tenía mucha-. ¿Quién es usted?

-¿Otra vez? Ya se lo he dicho: mi nombre es Zoggandmoldz...

-¡No!, basta. Eso ya lo hemos oído. Lo que quiero preguntarle es... bueno... a quién pertenece... a qué raza... a qué...

Se rascó la cabeza, buscando las palabras que no encontraba. El hombrecillo asintió.

-Quiere saber de dónde procedo, ¿no? -el delegado asintió vehementemente--. Es muy fácil. Yo, bueno, mi raza, procedemos del antiguo planeta Rizmun, del sistema solar Arrumuz, de la galaxia Zuve-3, del universo...

-¡No!, no es necesario que siga. Pero díganos: ¿Qué significado tiene eso para nosotros? ¿Dónde se encuentra ese... ese planeta?

-Muy lejos de aquí. Ya se lo he dicho: en el sistema solar Arrumuz, de la galaxia Zuve-3...

-Sí, claro, claro. Ya hemos comprendido -en realidad, nadie había

comprendido nada-. Y dígame... ¿cuáles son los motivos de su... de su digamos aparición repentina?

-Uno muy sencillo: pedirles su hospitalidad.

-¿Para usted?

-Naturalmente. Para mí y para mi pueblo. Yo he sido solamente designado por el consejo de decisiones para actuar como avanzada de mi raza cerca de ustedes. Y aquí estoy.

-Entonces -intervino el delegado de Eslovania-. ¿Usted no es terrestre?

El hombrecillo miró al delegado con cara de conmiseración.

-Por supuesto que no. Ya les he dicho que procedo, bueno, que procedemos, del planeta Rizmun...

-Sí, claro, ya lo hemos oído todos. Y díganos, ¿qué clase de hospitalidad desean?

-Hospitalidad territorial, naturalmente. Nuestro planeta estalló hace muchos años, y sólo pudimos salvamos unos pocos componentes de nuestra raza. Desde entonces vagamos por el espacio, en busca de un nuevo planeta que pueda acogernos. Al fin lo hemos encontrado aquí, en la Tierra. Y por eso les pedimos permiso para poder establecernos.

-Sí, pero...

El delegado inglés intervino con una pregunta cáustica.

-¿Son ustedes muchos?

-No. Tan sólo siete millones.

El delegado inglés volvió a sentarse en su silla de golpe. ¿Siete millones? ¡Y acababa de decir que sólo se había salvado un pequeño exponente de la totalidad de su raza!

-Verán, señores -intervino el hombrecillo-. Llegamos a la vista de este planeta hace dos meses. Lo examinamos, y vimos que era completamente ideal para nosotros. Por eso decidimos ocuparlo. Claro que, como es natural, antes decidimos pedirles permiso a ustedes. Es lógico, ¿no?

-Por supuesto. Pero, ¿no han pensado en que nosotros podríamos negarles el permiso? ¿Qué harían entonces?

El hombrecillo suspiró.

-Me temía que dijeran eso -respondió-. En este caso, no nos quedaría más remedio, muy a nuestro pesar, que invadirlos.

CAPÍTULO II

Amenaza

El delegado ruso, abandonando sus maldiciones natales, dio un salto en su asiento.

-¡Qué?

El hombrecillo tomó de sobre la mesa, al azar, un papel, y se entretuvo doblándolo cuidadosamente.

-Que tendríamos que invadirles -replicó-. Hasta que se convencieran de que nuestra presencia en su mundo podría serles beneficiosa. Claro que no querríamos tener que llegar a este extremo. Y supongo que ustedes tampoco, ¿verdad?

El delegado americano, silencioso hasta entonces, se puso en pie.

-¿Nos está amenazando?

-No, por supuesto. ¡Qué disparate! Sencillamente, les expongo una cosa de puro sentido común. ¿No lo creen ustedes así?

Se estableció un tácito silencio. No, nadie lo creía así. Todos los delegados pensaban en la sorpresa que la aparición de aquel hombre había traído consigo, y en sus palabras. De repente, alguien preguntó:

-¿Cómo se las ha arreglado para penetrar aquí?

-Muy fácilmente. Levitando.

-¿Por dónde?

El hombrecillo señaló hacia una de las paredes.

-Por allí.

Todos miraron en la dirección indicada. Allí, el grueso de la pared era de ochenta y cuatro centímetros.

-¿Por... por allí?

-Naturalmente. ¿Por dónde querían que entrara si no? Me encontraba directamente al otro lado, en el exterior. ¿Qué querían que hiciera? ¿Que diera un rodeo y penetrara por arriba?

Naturalmente, en el techo no había ninguna puerta de acceso.

-No, por supuesto que no. Pero... ¿cómo se las ha arreglado para atravesar la pared?

-¡Ah, «eso»! Es de lo más fácil. Con sinceridad, me extraña que ustedes no lo hayan ya comprendido.

Los delegados se miraron entre sí.

-¿Ah, sí?

-Sí; es algo de pura lógica. Todos ustedes saben, su misma ciencia se lo enseña, que toda la materia está formada en su mayor parte por espacios vacíos. En mi cuerpo sucede lo mismo. Y en la pared también. ¿Qué dificultad hay entonces en que pasemos uno a través de la otra aprovechando la conjunción de estos espacios vacíos?

Los delegados asintieron maquinalmente. Sí, claro. ¿Qué dificultad había?

Y todos pensaron en las veces en su vida que, por cualquier causa, habían chocado de lleno contra una pared o una puerta. ¿Qué dificultad había?

El hombrecillo decidió volver al grano:

-Sigamos con lo que nos interesa. He aprovechado esta ocasión en la que se celebra esta reunión internacional, porque sé que aquí están reunidos casi todos los países de la Tierra. Mi proposición es ésta: Ustedes pueden cedernos una porción de su planeta que a ustedes les sobra. Nosotros, en cambio, podemos ayudarles, mediante nuestros conocimientos, a mejorar su nivel de vida. Creo que la proposición es ventajosa para ambos; nosotros saldríamos ganando por nuestra parte, pero ustedes también ganarían por la suya. ¿Qué responden?

-¿Cuál es la extensión aproximada de terreno que ustedes desearían?

El hombrecillo se encogió de hombros.

-Ustedes tienen cinco continentes a su disposición. Por ejemplo, pueden cedernos uno.

-¿Oceanía? -indagó cautelosamente el delegado americano.

-Mejor África. Hemos estado en período de continencia durante mucho tiempo. Seguramente durante el primer lapso de adaptación nos reproduciremos bastante rápidamente.

Los delegados se miraron entre sí por enésima vez. El que representaba a la Unión de Estados Sudáfricanos se puso violentamente en pie.

-¡Protesto! ¿Por qué nuestro país y no otro?

El hombrecillo volvió a encogerse de hombros.

-Porque su país es enteramente cálido. A nosotros nos gusta el calor. Y más después de haber pasado tanto tiempo en el espacio.

Los delegados -principalmente los de países no áfricanos-, dieron la

razón a las palabras del hombrecillo. Pero los dos principales, Rusia y Estados Unidos, permanecieron mudos.

-¿Y qué se haría con la gente del territorio que ocuparan ustedes?

-¡Oh, podrían trasladarse a otros lugares! A Siberia, por ejemplo.

-¿Está loco? ¿Trasladarnos de un país cálido a un país helado?

-No hay que preocuparse por eso; nosotros nos encargaremos de variar para ellos el clima siberiano. Es muy fácil para nosotros.

-¿Ah, sí? Y entonces, ¿por qué no se instalan ustedes en Siberia y hacen variar el clima según su gusto, en vez de desplazar a otras personas?

-Porque pensamos hacer lo mismo en África. Nos gusta mucho calor, y no lo lograríamos cambiando el clima de Siberia.

La respuesta fue un deshinchado: «Ah, ya», pronunciado por una débil voz. El hombrecillo se trasladó, mediante su sistema de desaparición-aparición, a un extremo de la mesa.

-Bien, creo que eso es todo lo que tenía que decirles. Comprendo que no puedan decidir en este mismo momento, y por eso les dejo una semana de tiempo para meditar la respuesta. Dentro de ocho días exactamente volveré aquí. Y espero que por aquel entonces habrán tomado ya una decisión. Buenas tardes, señores. Sigan en paz la reunión.

Y, dicho esto, desapareció tan bruscamente como había aparecido.

* * *

Por supuesto, la reunión «no» siguió en paz.

Apenas el hombrecillo se hubo marchado, se desató una barahúnda de gritos, de palabras, de chillidos, de imprecaciones... El primer motivo que había motivado la reunión pasó a segundo plano; es más, quedó completamente olvidado, sin ser ya tratado en lo más mínimo en el futuro. Y, en cambio, pasó a primer plano la repentina aparición del hombrecillo y sus palabras. Muchos, como queriendo agarrarse a un clavo ardiente, intentaron convencer a los demás y convencerse a sí mismos de que todo había sido una broma, de que «tenía» que haber sido una broma. Pero todos tuvieron que reconocer que ningún bromista, por muy bromista que fuera, era capaz de penetrar allí dentro con toda la guardia que vigilaba el edificio, y aparecer y desaparecer de aquel modo. ¿Hipnosis colectiva? Absurdo, todo había sido demasiado real. Es más, en el transcurso de la conversación, el hombrecillo había tomado un papel de sobre la mesa, entreteniéndose en doblarlo mientras

hablaba. Y ahora aquel papel estaba allí, sobre la mesa. Y todos tuvieron que admitir que, ni siquiera un campeón de papiroflexia hubiera podido realizar con un trozo de papel aquella extraña forma geométrica que se divisaba sobre la mesa, con tantas dobleces y subdobleces. No, aquello era real, aunque pareciese increíble.

Y era también algo más. Era grave. Muy grave...

* * *

Las discusiones duraron seis de los siete días que tenían de tiempo. Y no se llegó a ningún acuerdo hasta el sexto día.

Se propusieron numerosas soluciones, muchos remedios que podían llevarse a cabo. Muchos delegados, con lógica -entre ellos no se contaban, naturalmente, ni los Estados Unidos ni Rusia-, admitieron que lo mejor era aceptar. La situación podía traer para ellos muchas ventajas. Se encontraban ante la primera raza espacial que entraba en contacto con la Tierra. Y podían aprender de ella muchas cosas. Pero otros delegados, sin nada de lógica -entre ellos estaban, naturalmente, los Estados Unidos y Rusia-, dijeron categóricamente «no». Hubieron otros, naturalmente, más suspicaces, que propusieron otras fórmulas más o menos convenientes, y más o menos absurdas, desde liquidar al hombrecillo apenas apareciera de nuevo por allí, hasta aceptar en principio su proposición y luego, una vez establecidos en África, liquidarlos con una bomba atómica a todos ellos. Alguien sugirió que a lo mejor eran inmunes a la radiactividad. Y todos los demás tuvieron que admitir que nada podrían decidir en concreto mientras no supieran algo más de lo que sabían ahora. Porque, verdaderamente, nada sabían. Tan sólo su aspecto exterior, y éste aún podía confundirse fácilmente con el de un niño.

¡Pero vaya niño!

En fin, que no podían hacer nada. Nada, salvo decir claramente sí, o no.

Y lo dijeron.

Al octavo día, puntual, a la misma hora que la vez anterior, apareció de nuevo el hombrecillo. Todos los delegados se encontraban sentados en sus respectivos sitios, sin hablar, tensos, esperando. Cuando apareció, muchos dejaron escapar un inconsciente suspiro de alivio; la tensión les estaba destrozando sus delicados nervios.

El hombrecillo apareció de repente, como la otra vez, en el centro de

la redonda mesa. Y su primera pregunta fue:

-¿Han decidido ya algo?

El delegado neutral de Italia, por ser precisamente neutral, se puso en pie.

-Tras reunión y deliberación del consejo organizado por todas les naciones de la Tierra a fin de discutir y resolver sobre su propuesta, y tras deliberación y votación secreta de todos los delegados...

El hombrecillo le atajó con un gesto.

-Déjese de discursitos, abuelo. Diga claramente: sí, o no.

El delegado miró brevemente a sus compañeros, fijó luego la vista en el hombrecillo y suspiró.

-No -dijo escuetamente.

El hombrecillo también suspiró.

-Es una lástima -dijo-. Lo sentiremos mucho, pero no nos quedará más remedio que invadirles. Hasta pronto.

Y, sin decir ni una palabra más, desapareció.

Aquél fue el verdadero principio de todo lo que vino luego...

CAPÍTULO III

La invasión

En realidad, los delegados habían esperado que el hombrecillo -algunos empezaron a llamarlo ya el rizmuniano, de su planeta de origen, y otros, más escuetamente, Zog- fuera en aquella segunda ocasión un poco más explícito. Pero no había sido así. Por eso, su repentina desaparición causó revuelo. Los delegados se levantaron, profiriendo maldiciones, amenazas, imprecaciones, fueron de un lado para otro de la sala de reuniones, sin conseguir nada más que causar un revuelo tremendo, sin ningún resultado positivo.

Al fin, cuando se cansaron de hacer el oso, cuando recobraron un poco la tranquilidad, pudieron examinar la situación. Y vieron que sólo tenían entre sus manos una promesa de invasión de la Tierra por los extraños y misteriosos seres de Rizmun. Eso era todo.

¡Pero era ya bastante!

Durante los días siguientes, en todos los países de la Tierra, se desempolvaron toda clase de armas, tanto antiguas como modernas, armas blancas, de fuego, atómicas... Todo volvió a ver la luz. No se sabía cuáles armas podían afectar al enemigo y cuáles no; por eso, todas servían. De saber, sólo sabían que los invasores iban a atacar, y que debían defenderse. ¿Cómo, cuándo y de qué manera? ¿Con cuántas garantías de éxito? Eso lo tendrían que averiguar sobre la marcha.

Hasta aquel momento, la gran masa de la gente no sabía nada de lo ocurrido, había permanecido en la ignorancia. Pero una serie tal de preparativos no podían pasar desapercibidos para nadie. Los gobiernos tuvieron que dar explicaciones. Naturalmente, contaron la aparición del hombrecillo, del rizmuniano Zog, sus palabras, su amenaza... Lo que no dijeron exactamente fue en la forma en que había sucedido todo. Hubiera sido muy humillante declarar que un enano de poco más de un metro de estatura les había tratado de aquella manera. Pero con lo que explicaron hubo bastante. Todo el mundo comprendió la amenaza que se cernía sobre él. Y se dispuso a atajarla.

En algunos países -entre ellos, naturalmente se encontraban los Estados Unidos y Rusia- se decretó la ley marcial y el estado de alerta. Todos los observatorios astronómicos, tanto civiles como militares, tanto

profesionales como aficionados, fueron requisados por el ejército, y todos apuntaron continuamente al cielo, esperando el momento. Todas las armas, todos los ingenios destructivos del mundo apuntaban también al firmamento. Los Estados Unidos alardeaban de un cohete autodirigido de cabeza atómica capaz de destruir en cinco segundos cualquier nave extraterrestre o simplemente «no identificada» que se dirigiera a la Tierra desde el espacio exterior, antes de que atravesara la atmósfera. Los rusos, para no ser menos, dijeron que ellos poseían un arma igual, aunque más perfeccionada y de mayor alcance. Y por esta sola vez, el resto del mundo rezó por que aquellas declaraciones fueran ciertas.

Así fueron pasando los días. Transcurrió una semana, transcurrieron dos semanas, transcurrió un mes... Y nada sucedió. Absolutamente nada.

Los respectivos estados habían finalizado ya sus preparativos bélicos; lo único que les quedaba hacer ahora era esperar. Y la espera trae siempre consigo el pensar. Muchos se preguntaron: ¿y si realmente, al decir que no, les hemos asustado? ¿Y si han visto nuestros preparativos y han comprendido que les sería imposible invadirnos y vencernos? A lo mejor se habían largado a otras latitudes siderales, en busca de algún nuevo mundo menos fortificado, y los habían dejado tranquilos a ellos. Siendo así...

Lo que al principio sólo fue una suposición se convirtió, en el transcurso de los días, en una casi certeza. Los gobiernos empezaron a pensar que realmente, sin iniciar siquiera la batalla, habían ya vencido. Se lo llegaron incluso a creer. E, íntimamente, suspiraron.

Decidieron efectuar una nueva reunión en París, a fin de discutir si debían seguir el estado de alerta o licenciar parte de las fuerzas, dejando sólo una pequeña guarnición de vigilancia en cada país. Decidieron celebrar la reunión el viernes, día veinticinco de junio. Y el día veinticinco de junio, a las cuatro de la tarde, se encontraban los delegados de las distintas naciones de la Tierra reunidos de nuevo en la misma sala que las dos veces anteriores, pero con un estado de ánimo completamente distinto al de antes. Las rivalidades políticas habían desaparecido casi por completo; al menos, por el momento. Y, como auténticos camaradas, se dispusieron a tratar el asunto que les interesaba.

El delegado norteamericano se puso en pie, dispuesto a iniciar la reunión.

-Estimados colegas -dijo-, nos encontramos hoy aquí para dilucidar...

Y en este mismo punto se interrumpió bruscamente.

Porque, en aquel preciso momento, en el centro de la circunferencia formada por la mesa, acababa de aparecer de nuevo Zog, el hombrecillo.

Paseó unos segundos su vista por los asombrados rostros que le rodeaban y sonrió. Dijo, sencillamente:

-Estimados amigos, me es muy grato comunicarles que la invasión se producirá el próximo día veintiocho, exactamente a las doce de la noche, hora universal. Hasta entonces, pasen felices días. Buenas tardes.

Y, tan bruscamente como había venido, desapareció.

Su desaparición trajo consigo una reacción general de todos los reunidos. Todos quisieron levantarse y hablar al mismo tiempo. Y el conjunto de todas sus voces produjo un maremágnum indescriptible de ruidos. Cuando, tras unos minutos de confusión, comprendieron que el hombrecillo había desaparecido y que era inútil hablar, todos callaron. Un ominoso silencio se extendió por la sala de conferencias. Y todos, aprensivamente, se miraron entre sí.

Por supuesto, la proyectada reunión no se llevó a efecto...

* * *

Eran las once de la noche del día veintiocho de febrero. En la gran sala del cuartel general del estado mayor militar del ejército norteamericano, el general en jefe Ralph Irvener, jefe supremo de los ejércitos de tierra, mar y aire de los Estados Unidos, se paseaba nerviosamente. Se detuvo ante un hombre que, ante un gran tablero de mandos y unos auriculares, escuchaba atentamente.

-¿Alguna novedad?

El soldado suspiró «in mente». Era la milésima vez que el general le hacía la misma pregunta.

Y era también la milésima vez que le contestaba también lo mismo:

-Nada, mi general.

Irvener reanudó sus paseos. Se detuvo unos momentos ante la gran pared de cristal donde estaba reproducido todo el hemisferio terrestre. Se dirigió hacia otro hombre que, al igual que el anterior, estaba ante un complicado tablero de mandos y unos auriculares, y preguntó por milésima vez:

-¿Alguna novedad?

El soldado respondió, también por milésima vez:

-No, mi general.

Y el general reanudó sus nerviosos paseos.

Esta escena, con muy pocas variantes, se repetía en aquellos momentos en todos los estados mayores de todos los países del mundo. Todos pensaban que era muy estúpido que los invasores hubieran anunciado con antelación la fecha y la hora en que pensaban dar principio a la invasión. Todos pensaban que seguramente sería un ardid del enemigo. Pero a pesar de ello debían estar prevenidos. Porque los invasores podían pensar que ellos pensarían que era un ardid, y así se descuidarían; y podrían atacar de este modo con relativa impunidad. Y por eso, para que el enemigo no les cogiera desprevenidos, debían pensar que los invasores pensarían que ellos pensaban que era un ardid, y vigilar constantemente, para que el enemigo no pudiera ni siquiera pensar que ellos pensaban...

El general Irvener, en el cuartel general, resopló fuertemente. Bueno, era mejor no pensar en nada. Lo que viniera vendría de todos modos; con tal de que estuvieran prevenidos, sería suficiente.

Pero aquella espera que destrozaba los nervios...

Se dirigió a la central telefónica y pidió comunicación con el cuartel general ruso.

-Aquí el camarada general Illiof -respondió una voz ronca al otro lado del hilo-. ¿Ocurre algo, camarada occidental?

Irvener se mordió los labios. No le agradaba tener que pactar con un «camarada» ruso, pero...

-Aquí el general Irvener -dijo-. ¿Hay alguna novedad, general?

-Ninguna por aquí, camarada. ¿Y por su zona?

Irvener suspiró.

-Ninguna tampoco, camar... digo general. Seguimos a la escucha.

-Suerte, entonces.

-Gracias. Suerte también.

Cerró la comunicación y consultó su reloj. Las once y quince minutos. Y todo tranquilo...

-Comunicación desde Monte Wilson -intervino el primer observador al que preguntara Irvener.

El general se arrojó sobre los auriculares.

-¡Aquí Irvener! -aulló casi-. ¿Qué sucede?

-Nada, mi general. Le he llamado para comunicarle que en toda la cadena de observatorios no se registra nada anormal. Seguimos atentos.

Irvener se desinfló.

-Está bien; de acuerdo. Sigan vigilando.

Dejó los auriculares en su horquilla sobre la mesa, lanzando un suspiro. Bastaría que a través de aquellos auriculares oyera una palabra, una tan sólo, para poner en marcha todo el mecanismo de defensa: «Alarma». Todo, automáticamente, en cadena, se pondría en funcionamiento a partir de aquel momento.

Pero aquella palabra no se pronunciaba...

¿Y si ellos piensan que nosotros pensamos que ellos han pensado que quizás nosotros pensaríamos que a lo mejor ellos hubieran pensado...?

¡Al diablo toda lógica! ¡Al diablo toda elucubración! Lo que tuviera que venir, vendría de todos modos.

Pero solamente eran las once y media...

-¿Alguna novedad?

-Ninguna, mi general.

De nuevo los nerviosos paseos. De nuevo la llamada telefónica, esta vez a Inglaterra. Nada a la vista, nada en los aparatos. Y ahora faltaban ya sólo quince minutos...

Todos los ojos estaban fijos en todos los relojes del mundo. En todas partes había sido suprimida la hora local para conectar, con exactitud de cronómetro, la hora universal. Todos contemplaban el paso lento de los segundos, de los minutos. Trece, doce, once, diez...

-Comunicación desde Monte Wilson, mi general.

De nuevo Irvener se arrojó en plancha sobre los auriculares.

-¡Aquí Irvener! ¿Diga?

-Faltan diez minutos, mi general. Y no se divisa nada en el cielo. Ningún indicio de astronave ni nada parecido. Temo que no suceda nada.

Irvener suspiró. ¡Temía, temía!

-Resérvese sus opiniones, capitán - dijo al que estaba al otro lado del aparato-. Limítese a informar de los hechos. Y cuelgue. Necesitamos las líneas libres.

Los minutos siguieron pasando. Nueve, ocho, siete, seis... Y nada sucedía. Los encargados de la gran placa vítrea, en la que, en caso de ataque, se irían marcando la situación de la defensa y los avances y rechazos del enemigo, permanecían atentos al menor síntoma. Todas las miradas estaban fijas en el reloj. Cinco, cuatro, tres, dos...

Y nada sucedía. Uno... Y seguía sin suceder nada.

«Tal vez se retrasen un poco -pensó Irvener-. Tal vez no ataquen a la hora en punto; tal vez quieran hacernos gozar con la incertidumbre de la espera».

Las doce en punto.

Y exactamente entonces, en aquel preciso momento, una voz sonó a espaldas de Irvener:

-¿Qué tal, general? ¿Cómo se encuentra?

Irvener se volvió en redondo. Y sus ojos se desorbitaron al ver ante él la pequeña y mofletuda figura de Zog, el hombrecillo, que le sonreía tranquilamente desde pocos centímetros de distancia.

La invasión había comenzado...

CAPÍTULO IV

La primera batalla

Si fuéramos a examinar detenidamente lo ocurrido, a las doce de la noche de aquel día, hora universal, en todos los cuarteles generales de todas las naciones de la Tierra, deberíamos relatar varias veces la misma historia. Por eso, nos limitaremos a relatar lo ocurrido en el cuartel general norteamericano. Entendiéndose, claro está, que lo sucedido allí puede hacerse extensivo a todo el resto del mundo.

Si analizamos la reacción del general Irvener frente a la repentina aparición del hombrecillo, deberemos afirmar que fue muy poco diplomática y muy poco guerrera. La mandíbula inferior le cayó desmayadamente sobre su pecho. Sus ojos se abrieron como platos. Y lo único que supo hacer en un principio fue dar un salto hacia atrás, como si se encontrara ante la presencia de una serpiente de cascabel.

-¿Cómo... -pudo al fin balbucir con voz insegura-, cómo ha penetrado usted aquí?

Zog señaló con toda tranquilidad hacia arriba.

Irvener miró hacia allá. Como podía suponerse, en aquel lugar se encontraba el techo, incólume.

Y sobre él, una extensión hacia arriba de trescientos metros de tierra. Porque hay que advertir que el cuartel general norteamericano estaba emplazado, naturalmente, en un subterráneo.

Los pensamientos que cruzaron la mente de Irvener en aquellos instantes fueron totalmente inconexos y contradictorios. Él no conocía personalmente a Zog. Aunque sabía por referencias las características de los rizmunianos, no había visto nunca ninguno. No sabía, por lo tanto, quién era exactamente aquella especie de chicuelo que permanecía sonriente ante él.

Por eso, sus pensamientos fueron, sucesivamente:

Primero: que alguien estaba haciéndole víctima de una pesadísima broma, exponiéndose, fuera quien fuese el causante, a un consejo de guerra.

Segundo: que nadie podía atravesar trescientos metros de tierra y un techo de concreto de dos metros de espesor, como tampoco podía nadie salvar la guardia que protegía los accesos al subterráneo.

Tercero: que aquel hombrecillo había aparecido, no sabía cómo, a las doce en punto. Y que la invasión había sido señalada también para las doce en

punto.

Y cuarto: que estaba haciendo el ridículo más espantoso ante sus subordinados, que le miraban no sin cierta curiosidad.

Su reacción fue instantánea. Al fin, el militar se impuso al hombre. Sin mediar ni una palabra, sacó, al estilo cow-boy, su pistola y disparó sin ninguna contemplación contra el hombrecillo.

Y. en el mismo momento en que apretaba el gatillo el hombrecillo desapareció.

La bala fue a clavarse en la conjunción de la pared y el suelo, en un ángulo de la habitación, muy cerca de la pierna de uno de los radiotelegrafistas, que se apresuró a retirar inmediatamente su miembro amenazado. Y al mismo tiempo, una voz a su espalda le avisó:

-Estoy aquí, general.

Se volvió en redondo. El rizmuniano se encontraba muy cerca de él. Tan cerca, que le bastó alargar el brazo para, aprovechando el desconcierto de Irvener, arrebatarle tranquilamente la pistola.

-Sosiéguese, general -dijo Zog-. Y hágase a la idea de que hemos ganado la batalla. A esta hora mis compatriotas se estarán repartiendo ya por todo el mundo, tomando posiciones. Como ve, la invasión ha tenido éxito.

La palabra que pronunció Irvener no pasaría incólume ni la más liberal de las censuras; por eso, preferimos no transcribirla. El general, animado por ansias homicidas, se arrojó contra el hombrecillo, dispuesto a matarlo con sus propias manos.

Instantáneamente sucedieron tres cosas. La pistola que el hombrecillo sostenía cayó al suelo. El rizmuniano desapareció bruscamente. E Irvener fue a dar violentamente contra el suelo, sin encontrar en su camino el obstáculo que esperaba. No le saltó ningún diente, pero se le aflojaron dos. Y su nariz enrojeció sospechosamente.

Se revolvió fieramente, empuñando nuevamente la abandonada pistola. El hombrecillo se encontraba de nuevo ante él, mirándole con aire divertido. Irvener se levantó con un rugido. Y tuvo una idea que estimó genial. Ordenó, aulló casi:

-¡Agárrenle, muchachos! ¡No le dejen escapar!...

En los siguientes minutos, la habitación se convirtió en un verdadero maremágnum. En ella se encontraban reunidos más de treinta soldados y

oficiales. Y treinta soldados y oficiales pueden hacer mucho cuando se lanzan al ataque. El panel cristalino fue roto. Varias sillas, enarboladas como armas, fueron destrozadas. Varios tableros de control fueron inutilizados y derribados. Por suerte, los mandos de los dispositivos de defensa automáticos estaban bloqueados desde el exterior, desbloqueándose sólo, en caso de agresión, mediante una llamada radiofónica automática; si no, aquella escena hubiera sido el principio de una verdadera catástrofe de índole mundial.

Cuando la batalla terminó, no quedaba nada sano, nada en pie. Los hombres, jadeantes, se miraron entre sí. Y entonces se dieron cuenta, por primera vez desde que se iniciara la lucha, de que el hombrecillo, tan misteriosamente como había aparecido, había vuelto a desaparecer.

Y en aquel preciso momento volvió a aparecer de nuevo, a dos metros del suelo, suspendido en el aire, mirándolos a todos con un aire entre burlesco y compasivo.

-¿Se convencen de que nada pueden hacer, amigos? -dijo irónicamente.

Irvener, de cuyos dos dientes flojos manaba sangre, cuya nariz presentaba un aspecto más rojo que un tomate, y que había recibido un puñetazo en un ojo, propinado por no sabía quién, miró a Zog con ojos cargados de dinamita. Se volvió hacia nadie en particular, y aulló:

-¡Sargento Duffy, comunique inmediatamente con los estados mayores militares de todo el mundo!... -e inmediatamente se interrumpió, al darse cuenta de que todos los aparatos de radiofonía y telefonía sufrían serias averías. Volvió a mirar de nuevo a Zog.

Y, sintiéndose interiormente burlado, humillado, fracasado, hundido, se arrancó de un tirón los galones de las bocamangas y se dejó caer al suelo, sollozando como, un niño.

* * *

Esto fue, con sólo ligeras variaciones de detalle, lo que sucedió en todos los cuarteles generales de todos los países del mundo, aprestados para la defensa. En el intervalo de tiempo que va desde las doce en punto de la noche hasta las tres de la madrugada, presentaron «in mente» su dimisión la mayoría de los generales en jefe de los ejércitos de todos los países del mundo. Porque, en pocos minutos, los compatriotas de Zog, los rizmunianos, demostraron que sin ningún arma, sin ninguna violencia, podían vencer a todo un ejército. Y, lo

que es peor, se lo hicieron creer a todos ellos.

Sin embargo no sólo en los cuarteles generales se presentaron los rizmunianos. En todas las ciudades, en muchos pueblos, en algunas aldeas, hicieron también su aparición, causando el asombro y la desesperación de más de una persona.

Aquella noche -aquel día en muchas partes del planeta- nadie durmió, nadie descansó. Todo el mundo permaneció alerta, mirando hacia el cielo, esperando ver la llegada, del enemigo.

Y el enemigo les llegó por tierra.

Son innumerables los casos que han sido registrados más tarde de la aparición de los rizmunianos. Innumerables los que registraron todos los periódicos en los días sucesivos. Pero todos, en el fondo, fueron lo mismo. Y en todos hubo un solo vencedor.

En Baltimore, un rizmuniano se presentó ante uno de los ciudadanos más importantes y más belicosos de la ciudad: el alcalde. Éste tenía en sus manos una escopeta de caza, de dos cañones, por si acaso. Al ver al hombrecillo, sin mediar palabra, sin ninguna presentación, le disparó uno de los cañones a la barriga. La bala, de calibre suficiente para matar a un elefante, pasó inofensivamente a través del cuerpo del ser.

-Elemental, amigo -dijo éste-. La materia está compuesta en su mayor parte por espacios vacíos. Cualquier objeto puede pasar, por lo tanto, a través de nuestro cuerpo, aprovechando estos vacíos...

Varios minutos más tarde el alcalde de Baltimore, desesperado, usaba el segundo cañón de su escopeta, disparándolo contra su sien.

En Filadelfia, un rizmuniano se apareció a un periodista. Éste, que últimamente había caído en desgracia en su periódico, creyendo ver allí la oportunidad de su vida, le hizo un reportaje. Llegó a hacerle preguntas tan estúpidas como si le gustaba Rosa Altamira, la estrella más famosa de aquellos tiempos. El hombrecillo contestó amablemente a todas las preguntas sin demostrar fastidio ni irritación. Luego, cuando el periodista hubo terminado el reportaje, cogió todas las cuartillas manuscritas, las rompió en miles de pedacitos, y las arrojó por la ventana. El periodista, lanzando un rugido de rabia, se lanzó tras ellas sin acordarse al parecer de que vivía en un decimoquinto piso. Réquiem por el periodista muerto en cumplimiento de su profesión...

En Brasilia, un rizmuniano hizo una aparición espectacular. Se apareció repentinamente en la cúspide del edificio más alto, lanzando estruendosos gritos a su alrededor. Cuando toda la gente se hubo reunido al pie del edificio, contemplando el inusitado espectáculo, desapareció de allá arriba para volver a aparecer de nuevo entre ellos. Y se pasó unas buenas dos horas divirtiéndose en grande, rasgando todos los trajes de la gente que tenía junto a él. Cuando alguien intentó escarmentarlo, desapareció. Para volver a aparecer en otro lugar, dispuesto a seguir con su entretenimiento.

En Europa las cosas no fueron mejor. Un equipo de más de diez hombrecillos apareció en París en un almacén de explosivos, se llevó una buena cantidad de ellos y los ató a las patas de la torre Eiffel, anunciando que los harían estallar si los habitantes de la ciudad no acudían a arrodillarse ante ellos. Los parisinos aman mucho su torre. Los rizmunianos tuvieron, por lo tanto, la adoración ininterrumpida de toda una ciudad.

En Asia las cosas sucedieron dentro del mismo estilo. Los pacíficos budistas, los lamas, los sacerdotes indios, se limitaron a venerar a los hombrecillos, como si fuera la cosa más natural del mundo. Y éstos se divirtieron pateándoles en salva sea la parte, en el momento en que les hacían la primera reverencia...

Pero lo más espectacular sucedió en Oceanía. Los rizmunianos invadieron las ciudades montados en canguros. Ellos, personalmente, no hicieron ningún daño, pero los canguros se encargaron de actuar por ellos. Resultado: durante el transcurso de aquella noche se mataron en Oceanía más canguros que en todo el resto del año. Y luego los hombrecillos se divirtieron en reunir los animales muertos en las calles más céntricas, formando pilas, y prendiéndoles después fuego.

La carne quemada no suele dar un olor muy agradable, y la de canguro no es ninguna excepción.

En África, en cambio, las cosas fueron mejor. Tal vez pensaron los rizmunianos que aquél tenía que ser en el futuro su hogar, y decidieron respetarlo. Los africanos suspiraron aliviados. Al menos, por el momento.

Los soldados que esperaban órdenes al pie de las armas, los que aguardaban en los cuarteles a que llegara el momento, fueron quienes recibieron la mayor sorpresa. A uno se le apareció el hombrecillo metido en la boca del cañón que servía. El soldado tuvo afortunadamente la presencia de

ánimo suficiente para recordar que era un cañón atómico y no dispararlo, pero poco le faltó para que lo hiciera.

Sin embargo, lo peor en el ámbito militar sucedió en el campo de Magdeburgo, en Alemania. Se encontraba situado junto al aeródromo del mismo nombre. En el barracón, de gran extensión, se encontraban reunidos todos los soldados del campo, convenientemente equipados y dispuestos para saltar a los aviones de transporte en cuanto dieran la orden. A las doce en punto, un hombrecillo apareció en medio de ellos, saludándoles amigablemente:

-¿Qué hay, amigos? -les dijo-. ¿Se divierten?

Todos quedaron mudos de sorpresa. Uno de los soldados que estaba más cerca del hombrecillo supo reaccionar, sin embargo, con rapidez. Empuñó su fusil, y lo apuntó rectamente al pecho del rizmuniano.

-¡Quieto! -gritó-. ¡No se mueva o disparo!

El hombrecillo sonrió. Avanzó unos pasos, hasta situarse frente al soldado, y movió dubitativamente la cabeza.

-¿Esto puede hacer daño? -murmuró-. Déjame ver.

Y, tranquilamente, aplicó su ojo derecho a la boca del fusil.

La tentación era demasiada para los nervios del soldado. Es más, honradamente, hay que convenir en que hubiera sido un idiota si hubiera dejado pasar aquella ocasión. Claro que el soldado no sabía que las balas pasaban inofensivamente a través del cuerno de aquellos seres.

El soldado disparó. La bala atravesó limpiamente la cabeza del hombrecillo, sin hacerle el menor daño. Y fue a dar en el pecho del soldado que estaba tras él, partiéndole el corazón. Cayó al suelo, fulminantemente muerto.

Aquello marcó el principio del caos que se desencadenó a continuación. Todos los soldados se lanzaron al unísono contra el hombrecillo, dispuestos a triturarlo materialmente. El rizmuniano, con toda tranquilidad, desapareció del sitio donde había estado, para volver a aparecer en el aire, casi junto al techo del barracón, en localidad preferente para contemplar la pelea. Pudo asistir con toda tranquilidad a su desarrollo. Y, cuando se cansó, emigró a otras latitudes.

Resultado: los soldados de Magdeburgo no lograron atrapar al hombrecillo. Pero entre ellos mismos hubo tres muertos, doce heridos graves

y veintisiete heridos leves. Amén de los golpes y contusiones normales de una pelea, de los que no se salvó nadie.

Así fue como se inauguró la invasión extraterrestre de nuestro planeta. De principio, los rizmunianos ganaron completamente la primera batalla. Y aquello había sido sólo el principio. Porque, en los días sucesivos, las cosas se complicaron aún más...

CAPÍTULO V

Un invasor, un doctor y un presidente

Si hubo una persona en todo el mundo que durmió tranquilamente aquella noche, esta persona fue Benard Thayer.

Benard Thayer, doctor en psicología y parapsicología, psiquiatra de renombre mundial, estaba ya demasiado acostumbrado a tratar con locos para hacerles caso a las locuras del mundo. Por eso, aquella noche durmió plácidamente. Nadie le molestó. Ni siquiera los rizmunianos.

Pero a la mañana siguiente, el repiqueteo del timbre de la puerta de su casa le despertó en lo mejor de su sueño.

Rob, su robot criado, acudió a abrir, y volvió al dormitorio de su señor con un sobre lacrado en la mano. Ostentaba el membrete del Gobierno Militar norteamericano, y llevaba en su parte inferior una indicación precisa: «Del presidente de los Estados Unidos. Directo y personal».

Thayer lo arrojó sin abrir al cesto de los papeles y se cubrió la cabeza con la almohada.

Dos horas más tarde, el visoteléfono de su dormitorio repiqueteó insistentemente.

Thayer se levantó maldiciendo a todo el mundo y habitantes de los mundos vecinos. Conectó la pantalla y del otro lado apareció el rostro rubicundo de un joven oficial del Estado Mayor.

-¿Doctor Thayer? -preguntó.

-Sí, yo mismo -ladró Thayer-. ¿Qué diablos pasa? ¿Es que en este condenado país nadie puede dormir tranquilo?

El oficial puso cara de sorpresa.

-Perdone, doctor -indagó, vacilante-, pero... ¿no ha recibido acaso un sobre oficial, lacrado?

Thayer se rascó poco diplomáticamente el cuero cabelludo, recordando el sobre que le había traído Rob.

-Sí -gruñó-. Un momento.

Se apartó de la pantalla, y se dirigió hacia la papelera. Sacó el sobre, lo rasgó y sacó un comunicado oficial de su interior.

Decía, escuetamente:

«Del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica al doctor Bernard Thayer. Directo. Personal.

Apreciado Bernard: Te agradecería pasaras lo antes posible por mi residencia de la Casa Blanca, a fin de tratar entre ambos un asunto de la máxima trascendencia para la nación. Es urgente. Recibe mis gracias anticipadas...»

E iba firmado por el propio presidente.

Thayer lanzó unos cuantos epítetos mentales contra el presidente. No era muy correcto tratar así al jefe de la nación, pero él podía permitírselo: el presidente y él habían ido juntos a la Universidad; su amistad era muy grande.

-¿Qué diablos le pasará ahora? -farfulló-. Mientras no se haya vuelto loco de tanto tratar con locos...

Volvió ante la pantalla.

-Iré ahora mismo -dijo-. Bueno... dentro de media hora.

El militar suspiró aliviado. Thayer cortó la comunicación y pulsó el botón que llamaba a su robot criado.

-¿Dónde se encuentra Lorna? -inquirió. Lorna Thayer era su hija, aunque a pesar de ello nunca le ayudaba en sus trabajos. A ella le había dado por la biología. Y por los biólogos. Sobre todo si eran altos, fuertes y se llamaban Alfred Ronston.

-En el departamento de biología de la Universidad, señor -murmuró respetuosamente el robot-. Haciendo unos experimentos.

-Con Ronston, ¿verdad? -gruñó Thayer-. Está bien, la recogeré a la vuelta. Prepárame la ropa y el coche. Y estate listo a ir a ciento por hora. Nos reclama rápidamente el presidente de la nación, y no debemos hacerle esperar... demasiado.

-Muy bien, señor.

Media hora después, puntual a su cita, el doctor Thayer subía los peldaños de acceso a la Casa Blanca. Y poco después se encontraba ante el propio presidente de los Estados Unidos, que se paseaba nerviosamente por el salón de visitas.

-¿Qué hay, Bob? -saludó, lanzando su mano hacia adelante-. ¿Cómo te anda la mollera?

El presidente suspiró al verle. Le estrechó la mano y le indicó una silla para que se sentara. Su rostro mostraba signos evidentes de preocupación. Meneó la cabeza de un lado para otro.

-No muy firme, Bernard -murmuró-. ¿No te has enterado?

-¿De qué? ¿De que el Meteor perdió el partido de béisbol del

domingo?

-No es momento de bromas, Bernard. Ayer fuimos invadidos.

-Sí, ya oí algo de esto en los últimos días. ¿Y qué?

-Pues eso; que fuimos invadidos.

-No me digas. ¿Y vuestras infalibles defensas?

El presidente suspiró.

-No sirvieron de nada, Bernard. Los esperábamos por el cielo y ellos aparecieron por la Tierra. Cuando quisimos darnos cuenta ya los teníamos junto a nosotros. Y no podíamos hacer nada.

Thayer sonrió levemente. Y de pronto preguntó:

-No me digas que fuisteis invadidos por bichitos como éste que tienes a tu espalda.

El presidente dio un salto en su silla y se volvió en redondo. A su espalda, un rizmuniano, surgido de la nada, le contemplaba sonriente,

-Hola, Bob -saludó el hombrecillo-. ¿Cómo te encuentras?

El presidente se llevó una mano a la cabeza.

-¡Oh, no!

El hombrecillo sonrió.

-Vamos, Bob, no es para tanto -y en el preciso momento en que el presidente iba a sentarse, le apartó la silla-. ¿No sabes -añadió luego-, que es muy ridículo ver a todo un presidente como tú sentado en el suelo?

El presidente, frotándose enérgicamente la parte dolorida por la caída, se levantó del suelo. Miró furiosamente al rizmuniano, e hizo intención de lanzarse sobre él.

Thayer le sujetó por un brazo.

-Vamos, Bob, tranquilízate. No vas a enojarte por las diabluras de un chiquillo. Piensa que tienes tres hijos. ¿Cuántas no habrás pasado ya?

El presidente miró a Thayer. Luego al rizmuniano. Su rostro estaba rojo como la grana. Pero se limitó a expresar su estado de ánimo con un sonoro y enérgico bufido.

Thayer hizo una seña al rizmuniano.

-Ven aquí, muchacho.

-No soy ningún muchacho -observó el hombrecillo, acercándose del modo en que solían hacerlo-. Mi nombre es Booz.

-De acuerdo, Booz. ¿Cómo te las has arreglado para entrar aquí sin

que te vieran los guardias?

-Es muy fácil -indicó el hombrecillo, señalando una pared-. He entrado por allí.

El presidente intervino rápidamente.

-Esos condenados tienen la facultad de poder traspasar todos los objetos sólidos como si fueran aire. En sólo una noche han causado más alboroto y más estragos en todo el mundo que Atila al invadir Europa.

Thayer sonrió ligeramente.

-Está bien. En fin, sigamos con nuestra conversación. ¿Qué es lo que querías decirme, Bob?

-¿Con ése delante?

-¡Oh, no te preocupes por él! Estoy seguro de que será buen chico y se tapará los oídos con la punta de los dedos. Habla con toda tranquilidad.

E hizo un disimulado guiño al presidente. Éste comprendió que algún plan tenía el otro y asintió. Volvió a sentarse en una silla, después de asegurarse bien de que no iba a suceder como la anterior. El rizmuniano, por su parte, se apoyó indolentemente en una mesa contigua, dispuesto a escuchar.

El presidente le expuso a Thayer todo lo ocurrido desde las doce de la noche del día anterior. Cuando terminó, abrió impotente los brazos.

-Y eso es todo, Bernard. Por ahora.

El aludido asintió.

-Sí, es un buen problema. ¿Y qué es lo que quieres que haga yo?

El presidente suspiró.

-Te juro que no lo sé. Pero he pensado que tal vez tú puedas encontrar el atisbo de una solución; algo que pueda ayudarnos.

Thayer pensó unos segundos.

-Creo que podría darte una -dijo al fin-. ¿Por qué no les dais África, como ellos piden?

-Esa sí que es una buena solución -intervino el rizmuniano.

El presidente abrió los brazos.

-Por Dios, Bernard, no es momento de bromas. Los suicidios que ha causado la aparición de los rizmunianos han sobrepasado la cifra de cien. La cuarta parte de los oficiales de todos los ejércitos han dimitido por propia voluntad. Los destrozos causados por esos... diablos han sido mayores que los causados por el peor ciclón. Y las cosas signen así, empeorando por

momentos.

-Por eso es precisamente por lo que te apunto esta solución; ¿por qué no les entregáis África? No sería una medida tan desesperada como parece.

-¿Pero es que no lo comprendes? ¡Eso sería claudicar!

Thayer suspiró.

-Escucha, Bob. ¿Me dejas que te plantee fríamente la situación? Por lo que he podido ver, vosotros os esperabais una invasión armada, como la que toda la Tierra ha venido esperando desde el principio de los tiempos. Esperabais que tuvierais que acometer una guerra contra un enemigo espacial, una guerra en el sentido literal de la palabra. Una guerra en la que podríais haber sido vencidos, pero en la que hubierais luchado y os hubierais defendido hasta el último momento. Habríais muerto muchos, pero también habrían muerto muchos de ellos.

»Y sin embargo, las cosas no han sido así. De repente os habéis encontrado con que el enemigo que vosotros esperabais de allá arriba se encontraba ya a vuestro lado. Y que, sin disparar ni un solo tiro, os habían vencido. No temáis, ellos no empuñarán nunca sus armas contra vosotros; es más, estoy seguro de que ni siquiera conocen el valor material de esta palabra. No os atacarán abiertamente, como nosotros estamos acostumbrados a hacer y a esperar. Sencillamente, sólo os harán la vida imposible. Y al final tendréis que claudicar.

-¡Pero debemos defendemos! ¡Del modo que sea!

-¿Cómo? ¿Con las armas? Los... ¿cómo has dicho? Ah sí, los rizmunianos, tienen la virtud de hacer que cualquier objeto pase a través de su cuerpo sin dañarles. Tú mismo lo has dicho. Además, pueden aparecer y desaparecer cuando les dé la gana, trasladándose de sitio mediante un sistema que supongo debe ser similar a lo que nosotros llamamos teleportación. ¿Qué quieres hacerles? Disparas contra uno de ellos, y la bala les atraviesa limpiamente sin dañarles. Vas a golpearlo con algo, y te encuentras de repente con que lo tienes a tu espalda. ¿Crees que en estas condiciones se puede luchar con garantías de éxito?

-Su razonamiento es de lo más correcto, doctor -intervino Booz.

-Gracias, muchacho. ¿Qué me dices, Bob?

El presidente se llevó las manos a la cabeza.

-Esto es imposible -murmuró-. Comprende, Bernard; sería renunciar a

nuestros ideales terrestres. Sería hacer concesiones.

-Algún día tendréis que hacerlas. ¿Qué mejor momento que éste? Los rizmunianos os lo agradecerán.

-Mucho -ratificó Booz.

El presidente se levantó de su silla.

-No lo comprendes, Bernard. Esto es una cuestión de ideales. No podemos claudicar por la fuerza.

-Entonces, ¿por qué no aceptasteis desde un principio?

-¡Oh, por favor! No vamos a discutir eso ahora. Te he llamado porque he creído que podrías ayudarnos.

-¿Cómo?

-¡Y qué sé yo! Comprende lo que quiero decir. En estos momentos debemos centrar todos nuestros esfuerzos a intentar librarnos, por el medio que sea, de... de esta plaga. Cualquier sugerencia puede ser buena.

-Muy bien. Entonces voy a darte una indispensable. Capturad un ejemplar de rizmuniano.

El presidente abrió los brazos.

-¿Y cómo?

-Eso es cosa vuestra; yo sólo soy psicólogo. Si quieres que verdaderamente te ayude, capturadme un ejemplar, a fin de que yo pueda estudiarlo.

-¿Pero cómo vamos a capturarlo, con la condenada facultad de aparecer y desaparecer donde y cuando les da la gana? Probablemente tendrán algún punto débil, pero, ¿cómo hallarlo? Es imposible.

-Claro -dijo el rizmuniano.

-Eso es lo que quería que dijeras, Bob -admitió Thayer-. Y toda persona sensata llegará a la misma conclusión. Para hallar el punto débil de los rizmunianos es preciso capturar uno. Y para capturar uno es preciso hallar su punto débil. Estamos dentro de un círculo vicioso.

-Sí, lo comprendo. ¿Así, no puedes ayudarnos?

-De momento, y en las actuales circunstancias, no -permaneció unos segundos pensativo y luego se volvió hacia el rizmuniano-. ¿Y tú, Booz, podrías ayudamos?

-¿A qué?

-A estudiaros un poco. No sabemos nada de vosotros y los hombres

hemos sido siempre muy curiosos. ¿Qué dices?

El hombrecillo sonrió, divertido.

-No es mala idea -dijo.

-¡Bernard! -estalló el presidente-. ¿Estás burlándote?

-No, en absoluto. ¿Por qué hemos de rechazar la colaboración de un rizmuniano, si él está dispuesto a ayudarnos?

El presidente sujetó la cabeza entre las manos.

-¡Oh, esto es una pesadilla! Oye, Bernard. Todos los presidentes y representantes de los principales países del mundo hemos sostenido una conferencia a través de la emisora universal, a fin de decidir algo concreto. Bueno, la hemos sostenido antes de que estos malditos rizmunianos interfirieran todas las ondas. Hemos acordado buscar algún remedio, sea el que sea y reunimos, dentro de tres días, en París, llevando con nosotros a científicos, técnicos, astrónomos, psicólogos o cualquier otra clase de personas que crean pueden ayudarnos y ofrecemos alguna solución, por desesperada que ésta sea. Allí discutiremos todos los puntos que podamos tratar. ¿Estás dispuesto a asistir a ella?

-Por supuesto, Bob. Cuando lo tengáis todo preparado avísame. ¿Me necesitas para algo más?

El presidente afirmó con la cabeza.

-Sí, Bernard. ¿Podrías recetarme algo para la esquizofrenia? Me parece que dentro de poco lo voy a necesitar.

Thayer sonrió.

-No te preocupes, Bob. Creo que todo terminará antes de que llegues a volverte loco -se volvió hacia el hombrecillo, tendiéndole una mano-. Bien, Booz. ¿Nos vamos?

El hombrecillo asintió con la cabeza.

-Vaya pasando. Yo me reuniré allí con usted. Adiós, simpático. Es el único hombre que he encontrado hasta ahora con un poco de sentido común.

Y dicho esto, desapareció.

El presidente lanzó un suspiro. Y Thayer se encogió de hombros, saliendo al exterior. Indicó una dirección al robot chófer:

-Al departamento de biología de la Universidad, Rob. Rápido.

Y se arrellanó en el asiento, lanzando un suspiro de satisfacción.

CAPÍTULO VI

Un doctor, un biólogo y un invasor

La biología es una ciencia muy extraña, a juzgar por lo primero que vio el doctor Thayer al penetrar en el departamento de biología de la Universidad de Washington. Alfred Ronston y Lorna Thayer, muy unidos, estaban emulando a todos los astros de la pantalla en longitud de beso. Y lo estaban consiguiendo.

Thayer tosió suavemente. Instantáneamente, los dos jóvenes se separaron.

-¡Papá! -gritó Lorna, mientras Ronston se limpiaba disimuladamente el carmín de los labios-. ¿Qué haces tú por aquí?

Thayer penetró en la estancia.

-Una investigación por cuenta del gobierno, hija -dijo-. Estoy esperando un invitado.

Y el invitado no tardó en aparecer. Repentinamente, el rizmuniano se hizo visible entre ellos. Ronston y Lorna, que la noche anterior, en la calle, habían tenido ya su primer contacto (y tropiezo) con un rizmuniano, retrocedieron instintivamente unos pasos. Thayer saludó:

-Hola, Booz. No te esperaba tan pronto.

-Yo siempre cumplo puntualmente mi palabra -dijo el hombrecillo-. Sólo he ido a Calcuta a visitar a mi familia, que se encuentra aposentada allá -se volvió hacia los dos jóvenes y dejó escapar una risita-. ¿Sabe que tiene una hija muy linda, doctor?

-Gracias. ¿Cómo sabes que es mi hija?

El rizmuniano se encogió de hombros.

-No porque se parezca a usted, precisamente. Lo he visto en su cerebro.

-¿Así es cierto que podéis leer los pensamientos de la gente? He oído algo al respecto, pero no lo sabía seguro.

-En realidad, no podemos. Leerlos, no. Pero echar un vistazo al cerebro, por supuesto. Y siempre vemos alguna idea flotando por allá. A veces no es la que nos interesa, pero a veces sí.

-¡Ah!

Los dos jóvenes, todavía no repuestos de la sorpresa, contemplaban asombrados el amistoso diálogo del doctor y del rizmuniano. Thayer fue a

sentarse en una silla, e indicó a Ronston el hombrecillo.

-Bien, amigo Alfred. Usted es biólogo. Ahí tiene a un rizmuniano en carne y hueso. ¿Cuál es su opinión sobre él?

Ronston sintió la mordedura de la ironía cruel.

-Pues... que como hombre es bastante birria.

El hombrecillo se volvió.

-¿De veras? Tienes suerte que no eres como yo, amigo. Porque en otro caso, ya te habría hecho tragar estas palabras junto con un par de dientes.

-¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo haces ahora? ¿Acaso es porque te ves más pequeño que yo y tienes miedo?

Por toda contestación, el hombrecillo desapareció súbitamente del lugar que ocupaba, apareció tras él, le propinó una espléndida patada en la espinilla derecha, volvió a aparecer ante él y le sonrió.

-¿Decías algo, amigo?

Ronston le miró con ojos capaces de fulminar un diplodocus.

Thayer cortó rápidamente la escena.

-¡Oh, amigos, dejemos esto! Nuestro amigo Booz se ha ofrecido amablemente a ayudarnos un poco. Cosa que debemos agradecerle.

-¿De veras? -había también una ironía mordaz en la voz de Ronston-. ¿Así que ya hay uno que se ha pasado al enemigo?

-Estás equivocado, compañero. El doctor me ha pedido amablemente que os ayude y he accedido. Pero vosotros no sois nuestros enemigos.

-¿Ah, no?

-En absoluto. Simplemente, han surgido algunas desavenencias entre nosotros. Pero de eso a consideraros enemigos... ¡Oh, no, qué horror! Nunca se nos hubiera ocurrido.

-Sí, claro, lo comprendemos -volvió a cortar el doctor-. Además, creo que estos detalles podremos discutirlos más tarde. Ahora quisiera hacerte una pregunta muy importante, amigo. ¿Cómo os las arregláis para poder aparecer y desaparecer tan de repente?

-¡Oh, es algo muy fácil! Basta tan sólo concentrarse mentalmente. El dominante en todos los seres vivos no es el cuerpo, como parece, sino la mente. Sólo en las razas atrasadas se impone aún la materia. Cuando comienza la verdadera evolución, la mente empieza a dominar el cuerpo. Entonces, la traslación corporal a través de sólidos, la levitación, la telepatía y

otros fenómenos parecidos se convierten en juegos de niños. Claro que al hombre todavía le falta mucho tiempo para llegar a este extremo...

-¿Nos llama atrasados? -interrumpió Lorna.

-No exactamente. En realidad, les llamo prehistóricos. Y así opinarán sus descendientes cuando hayan alcanzado un nivel mental como el nuestro. La prehistoria no es sólo la edad de «sin-escritura». Y todavía no ha terminado para ustedes.

-Está bien, dejemos este punto -volvió a cortar Thayer-. Dígame: ¿cuál es su propósito aquí en la Tierra.

El rizmuniano suspiró con nostalgia.

-Un propósito muy comprensible: establecer un hogar. ¡Hace tantos años que vagamos por el espacio...! Deseamos encontrar al fin un planeta que nos acoja.

-Pues éste no les acoge precisamente. Al menos, no lo hacen sus habitantes.

El rizmuniano sonrió picarescamente.

-Ya lo harán.

-¿No tienen en cuenta que, haciendo lo que hacen, hieren nuestros sentimientos? ¿Que nosotros no les queremos? ¿Intentan hacemos aceptar por la fuerza su compañía?

-No. Si ustedes no pudieran aceptarnos, si algo lógico se lo impidiera, nosotros no insistiríamos. Pero su negativa no se debe a nada más que a estúpidos convencionalismos de índole ancestral, propios del período que ustedes llaman la Edad Media. Nuestro contacto puede derivar en muchos beneficios para ustedes.

-Pero nosotros no queremos estos beneficios.

-No los quieren porque no los conocen. Cuando los conozcan y los aprovechen lamentarán la oposición que nos han hecho.

-De modo que intentan imponernos su compañía por la fuerza.

-No, en absoluto. Ustedes terminarán aceptándola de grado.

-Pero coaccionados por sus actos.

-Quizás sí. Pero no deben quejarse. Usamos métodos totalmente terrestres.

-Innobles.

-Como quiera. Pero llamen métodos innobles a los que pensaban

emplear en la conferencia que celebraban en París, contra ustedes mismos. Aquella conferencia hubiera derivado inevitablemente en una guerra. Y la guerra hubiera sido su destrucción.

-Pero hubiéramos muerto según nuestros principios.

-¿De qué le sirve a un cadáver saber que ha muerto según sus principios?

Thayer sonrió.

-En realidad -dijo-, yo estoy en principio de acuerdo con ustedes. Pero temo que a los demás no será tan fácil convencerlos. Tienen formadas demasiadas ideas preestablecidas y preconcebidas al respecto. Y no habrá quien se las quite de la cabeza.

-¿Seguro? Nosotros podemos hacerlo.

-¿Y cómo?

-De un modo muy sencillo; ya lo verán en días sucesivos.

Y, bruscamente, el hombrecillo desapareció.

Thayer se puso en pie de un salto.

-¡Eh, espere...!

Pero era inútil hablar con el aire. El hombrecillo podía estar ya en las antípodas. O en Calcuta, con su familia.

Thayer miró a Ronston y a su hija unos momentos. Murmuró:

-Se ha ido...

-¿Qué significa esta conversación, doctor? -interrogó el biólogo-. ¿Qué era lo que quería obtener del hombrecillo?

Thayer se rascó la cabeza.

-No lo sé -replicó-. Algo más de lo que he obtenido, seguro. Pero al parecer el rizmuniano se lo ha visto venir y ha decidido esfumarse antes de comprometerse demasiado. ¡En fin! De todos modos, algo hemos logrado.

Se paseó unos instantes por la habitación, y se paró de repente ante la pareja.

-Bien, jovencitos -dijo-. Creo que ustedes y yo vamos a tener que hablar largo y tendido sobre cierto asunto. Pero ahora es imposible; lo tendremos que dejar para otra ocasión. De momento, amigo Alfred, usted es biólogo; necesito su ayuda.

-¿Qué debo hacer? -respondió el joven, suspirando interiormente de alivio al comprobar que se había salvado de la parrafada.

Thayer reanudó sus paseos.

-Necesito un informe biológico completo de los rizmunianos para dentro de tres días. He de llevarlo a la próxima conferencia de París. De modo que ya se está dando prisa.

-¡Pero si no conozco nada de ellos! -protestó Ronston.

-No importa. Usted trace el informe a partir de deducciones, escogiendo las más lógicas y acertadas. O me equivoco mucho o estoy casi seguro que, cuando ponga algo equivocado, aparecerá ante usted un rizmuniano para indicarle las correcciones que deba hacer. Hágalas según lo que le digan. Y no intente nada en contra de ellos. Piense que, aunque le sepa mal por ahora, van a ser nuestros vecinos dentro de muy poco. De modo que debemos empezar a tratarlos bien. ¿Ha comprendido?

Ronston asintió. Sí; no le hacía demasiada gracia, pero había comprendido. Se pondría a trabajar aquella misma tarde.

Y, aunque parezca extraño, se puso.

* * *

Si la conferencia de Paris que se celebró tres días más tarde llegó a ser un éxito, dentro de su natural fracaso, se debió únicamente a los rizmunianos.

E1 presidente de los Estados Unidos, junto con algunos colegas científicos, entre ellos Thayer, subieron en Washington al estratorreactor que los conduciría a París. En la escalerilla, un rizmuniano les deseó amablemente buena suerte durante el viaje. Éste se realizó sin ninguna novedad. Y en el aeropuerto de Orly, el mismo hombrecillo les esperaba al pie de la escalerilla, para preguntarles amablemente si habían tenido buen viaje. Fueron más de uno los que, inconscientemente, contestaron: «Sí, gracias». Para arrepentirse seguidamente de su amabilidad.

Todos los convocados, todos los representantes, se reunieron en la gran sala de conferencias especial. En total eran más de trescientos. La conferencia empezó. Primero hablaron los delegados (los propios presidentes del gobierno en algunos países). Después, cada uno de los científicos reunidos.

A partir de aquel momento, se expusieron numerosas teorías, numerosas soluciones, a cuál más complicada... o disparatada. Ponerlas todas ellas en práctica, una tras otra, hubiera requerido toda una eternidad. Había inventores que ofrecían inventos «infalibles»; científicos que aseguraban que

tan sólo mediante descargas de energía podrían vencer a los invasores, psicólogos que afirmaban que lo único efectivo sería una concentración mental de todo el mundo en vistas de la desaparición de los hombrecillos... Las soluciones más difíciles, las más peregrinas, fueron propuestas sin ningún recato. Y, naturalmente, aceptadas sin discusión. Los gobiernos, desesperados, se asían a cualquier clavo que saliera de la pared, aunque supieran de antemano que estaba flojo y que se iban a caer con todo el equipo.

En todo el transcurso de la conferencia (que duró catorce ininterrumpidas horas), ningún rizmuniano se dejó ver, lo cual hizo pensar a muchos que a lo mejor empezaban a temerles, que se estaban imponiendo... Vanas esperanzas, en suma. Thayer, por su parte, reservó su opinión para el final. Y cuando todo el mundo hubo desalojado sus más absurdas ideas de la cabeza, se levantó.

-Señores -dijo-; he reservado mi opinión para el final, porque creo que es la única verdaderamente lógica y certera. Mi opinión, basada en la más imparcial observación de los hechos, es una sola: es imposible vencer a nuestro invasor.

Un murmullo de desaprobación surgió del resto de la asamblea. Del estrado que ocupaba la delegación de los Estados Unidos surgió un gemido:

-¡Bernard!

Era el presidente, que se sujetaba la cabeza entre las manos, como si el mundo fuera a desplomarse sobre él.

-¡Bernard!

Thayer no se inmutó. De la abultada cartera que llevaba, sacó un informe: el que preparara Ronston. Como había supuesto muy bien el doctor, cuando Ronston llegó a algún punto equivocado en sus deducciones biológicas, un amable rizmuniano, el propio Booz, se le apareció para rectificar conceptos. Con lo cual pudo decir Thayer sin temor a equivocarse que aquel informe era completamente fidedigno.

En resumen, el informe decía lo siguiente: la constitución corporal de los rizmunianos era idéntica a la de los terrestres, salvo ligeras variaciones de índole secundaria. Pero la biología de aquel cuerpo estaba sujeta a la biología (si puede llamarse así) de su mente. Lo cual hacía que su poder fuera a todas luces incalculable.

Y Thayer, como buen psicólogo, se explayó concienzudamente en

aquel poder. Siguió con su propio informe, relativo a los planes de los rizmunianos y sus métodos para conseguir su objetivo. En realidad, no hizo más que ampliar en este extremo lo dicho al presidente en su primera entrevista, ante Booz. Ilustró su teoría con abundantes ejemplos prácticos de lo sucedido en los días anteriores, mostró casos fehacientes que demostraban que lo que decía era enteramente cierto, citó reportajes de periódicos, fechas, cifras... Cuando terminó, todos los delegados, hundidos en el fondo de sus asientos, escuchaban aprensivamente.

-Esto es todo cuanto tenía que decirles -concluyó Thayer-. Ustedes pueden hacer lo que gusten. Pero les advierto que, al final, tendrán que ceder. Lo quieran o no. Y es mejor ceder ahora, en una honrosa retirada, que después, una vez agotadas todas las posibilidades. He terminado.

Se sentó. Nadie aplaudió a sus palabras. Pero, por primera vez en el transcurso de toda la reunión, un rizmuniano apareció entre la masa de los reunidos, para pronunciar unas solemnes palabras:

-Señores, acaban de oír la verdad más grande pronunciada desde el principio de los tiempos. Síganla y se ahorrarán muchas molestias y quebraderos de cabeza. Adiós.

Y volvió a desaparecer acto seguido.

Naturalmente, después de aquello, la reunión no prosiguió demasiado tiempo. Y los distintos representantes de los respectivos gobiernos, literalmente con la cola entre las piernas, tuvieron que volver a sus respectivas naciones. La conferencia había sido un éxito de organización, pero un completo fracaso de resultados.

Y los rizmunianos siguieron haciendo de las suyas por el mundo...

CAPÍTULO VII

En África

«Son peor que una plaga -escribía un periódico de Londres, refiriéndose a ellos-. A primera vista parecen inofensivos, simpáticos incluso. Pero cuando se les conoce, los más terribles «teddy boys» son angelitos a su lado».

Y así era. Su forma de actuar era muy personal. Cuando cogían a una persona por su cuenta, no la dejaban tranquila hasta que esta persona se suicidaba o se volvía majareta perdida. Los psiquiatras tuvieron por aquellos tiempos más trabajo que en todo el resto de su vida profesional. Y parte de aquel trabajo consistía en examinar psiquiátricamente á otros psiquiatras...

Hasta entonces, África había quedado virtualmente fuera del radio de acción de los rizmunianos. Sin embargo, no fue por mucho tiempo. Claro que en su continente procedieron de otro modo que en el resto del mundo. Aunque su actuación también se trajo lo suyo...

* * *

Como muestra vale un botón. Baste, por lo tanto, el relato del caso que alcanzó más resonancia de África para comprender todo lo demás.

Abel el Dasser era una personalidad en el continente negro. Había empezado, doce años antes, cambalacheando objetos típicos africanos de exportación v turismo por artículos de primera necesidad. Luego, con las ganancias, había especulado moderadamente en la bolsa. Había obtenido dividendos. Con ellos había instalado un comercio de import-export, con cuyos primeros beneficios había vuelto a jugar a la bolsa. Había vuelto a ganar. Y ahora tenía bajo su mando doce oficinas de importación, repartidas por todo el territorio africano, y con cuyas ganancias tenía acaparado casi todo el mercado productivo de la bolsa africana...

Mucha gente le había preguntado cómo se las arreglaba para ganar siempre en la bolsa. Abel el Dasser sonreía misteriosamente, y replicaba que tenía un amuleto de la buena suerte. No, no era polvo de cuerno de rinoceronte. Ni tampoco sangre de buey desecada. Era algo más sutil, más difícil de conseguir.

Y entre dientes murmuraba: inteligencia...

Aquel día -era el siguiente a la última conferencia de París-, se había levantado de buen humor. Tenía la impresión de que iba a hacer un buen

negocio. Un negocio único. Fue a vestirse... y no halló sus pantalones por ninguna parte.

Removió de arriba abajo su habitación. ¿Dónde diablos los había dejado la noche anterior? No había dicho que los llevaran a limpiar, y nadie había entrado en su habitación durante la noche. ¿Dónde diablos...?

-Hola, amigo. ¿Buscas eso?

Abel el Dasser se volvió en redondo. Su cama, importada directamente de Europa, era un gran lecho, provisto de un no menos grande dosel.

Y sobre el dosel se veía ahora la figura de una especie de chiquillo, sosteniendo en el aire, cogido por los dedos, unos pantalones.

Abel el Dasser no había visto nunca personalmente un rizmuniano. Pero había leído lo suficiente sobre ellos para saber que estaba en presencia de un ejemplar de su raza.

-Hola -respondió. En aquellas ocasiones era preciso portarse educadamente y no dar muestras de sorpresa ni de agitación-. ¿Qué tal?

-Yo bien; pero tú no tanto. Estás muy ridículo sin pantalones.

«Calma Abel el Dasser. No te dejes llevar por tus nervios».

-Ya lo sé. Por eso te ruego que me los des. ¿Quieres hacerme el favor?

-Por supuesto, amigo. No puedo resistirme a tanta educación. Toma.

Los dejó caer, y Abel los recogió al vuelo. Se los puso. Para comprobar que habían sido cortados limpiamente a la altura de los muslos, y que en la parte posterior se les había practicado una linda abertura de ventilación.

«Calma, Abel el Dasser. No pierdas el dominio sobre ti mismo».

-Hace tiempo que quería hacer eso -murmuró-. El calor es aquí mucho y conviene estar fresco. Gracias, amigo.

El rizmuniano se deslizó perezosamente por una de las columnas que sostenían el dosel, hasta tocar de pies al suelo.

-Olvídalo; ha sido una broma. Eres un hombre muy simpático.

-Sí, lo sé. Me lo han dicho ya antes otras personas. Con tu permiso, voy a telefonear a Jorge. ¿Sabes quién es Jorge?

-Por supuesto: tu apoderado general. Es un buen muchacho, trabajador y consciente. Lástima que te está robando miserablemente.

-¿De veras? -sin hacer caso de la observación, el hombre se dirigió

hacia el teléfono y marcó un número-. Lo sabía, pero no tenía la seguridad. Gracias por el informe.

Del otro lado, una voz dejó escapar el clásico «¿diga?». Dasser dio instrucciones al otro, indicándole que aquel día no iría por su despacho.

-Ocúpate tú de todos los asuntos y firma «por orden» en mi lugar. Si necesitas algo importante, llámame a mi casa. Yo no me moveré de allí.

Colgó y se volvió hacia el rizmuniano.

-Bien, amigo. Tenemos ahora todo el día a nuestra disposición. ¿Qué deseas hacer? ¿Quieres visitar la ciudad, o bien ir a un cabaret, o acaso tomar algo en un restaurante...?

-No, gracias. En realidad, la ciudad ya la he visitado; nuestra alimentación es distinta a la vuestra y en cuanto a las mujeres desnudas que se exhiben en vuestros cabarets, no sé qué interés hay en el espectáculo.

Abel suspiró.

-Se necesita ser terrestre para comprenderlo.

-Sí, me lo imagino. Aunque si dominarais vuestra mente como la dominamos nosotros, no necesitaríais de estos... alicientes emotivos. Es una esclavitud de las más groseras que existen.

-Sí, tienes razón. Pero también de las más interesantes.

El rizmuniano movió la cabeza dubitativamente.

-En fin, dejemos esto. En realidad, si he venido aquí no ha sido por simple capricho. Me trae una misión muy importante relativa a ti.

-¿Ah, sí?

-Sí. En realidad, aunque África está gobernada por gobiernos autónomos, quienes en realidad mandan aquí son los hombres ricos e influyentes como tú. El dinero lo puede todo y tú tienes bastante; mejor dicho, tienes demasiado.

-¿Y bien?

-Queremos proponerte un negocio.

-¿De veras? -Abel empezó a interesarse. Se dirigió hacia un extremo de la habitación y pulsó el botón que llamaba a la doncella. Aunque todo el mundo usaba robots para el servicio, Dasser se podía permitir el lujo de seguir teniendo servidumbre humana. Era lo suficientemente rico como para ello.

-¿Me acompañarás en el almuerzo? -indicó al rizmuniano-. Puedo prepararte lo que desees.

-No, gracias. Me iré a buscar yo mismo mi comida. De todos modos te acompañaré. Ahora vuelvo.

Desapareció y pocos momentos después volvía a aparecer, llevando una especie de cajita en la mano. La mostró.

-Mis alimentos. No te invito a que los pruebes, pues estoy seguro de que no os gustarían. Sois demasiado... sibaritas.

En aquel momento la puerta se abrió y la doncella penetró en la estancia. Abel le daba la espalda. Por lo que la doncella dejó escapar un grito, dio media vuelta y salió corriendo de la habitación.

Dasser contempló su salida, sorprendido.

-¿Que le habrá sucedido?

-El aguiero de ventilación -señaló el hombrecillo-. Los humanos sois así.

Abel rió. Se dirigió de nuevo al extremo donde se encontraban los botones de llamada y pulsó el del mayordomo.

-Espero que éste no se asuste también.

No se asustó. Tomó el encargo del señor y poco después el hombre y el rizmuniano estaban sentados frente a frente ante una mesa, comiendo cada cual sus respectivos alimentos.

-Me gusta hablar de negocios mientras como -dijo Dasser-. Creo que ahora podemos discutir lo que tienes que decirme, ¿no te parece?

El hombrecillo engulló una pequeña pastilla, similar a una gragea, de un color blanco parduzco.

-Tienes razón. La cuestión es ésta: supongo que a ti te es indiferente vivir en África como en cualquier otro sitio, ¿no?

-Sí, por supuesto.

-Pues bien. Si tú lograras convencer a los gobiernos africanos de que nos cedieran su continente, nosotros estamos dispuestos a hacerte el hombre más rico del mundo.

Abel abrió mucho los ojos.

-¿Lo... lo dices en serio?

-Naturalmente. A nosotros vuestras riquezas no nos importan en lo más mínimo. En cambio, a ti sí. Podemos hacer una transacción beneficiosa para los dos. ¿Qué te parece?

Abel se vio a sí mismo erguido, con el pecho hinchado, contemplando

cómo todo el mundo se arrodillaba respetuosamente a sus pies. Suspiró de gozo.

-Me parece excelente. ¿Qué es lo que debo hacer?

-Nada de importancia. Simplemente, convencer a los gobiernos africanos de que les será beneficioso cedernos su continente. Si los africanos están dispuestos a complacernos, los demás gobiernos no tendrán más remedio que transigir. ¿Qué te parece?

-Excelente. Pero... ¿cómo sabré que no me engañas en el trato?

-¿Deseas una prueba?

Dasser se imaginó mucho dinero.

-Sí.

-Muy bien. Entonces te la voy a dar. Tú estás metido en la bolsa hasta las amígdalas. Pero en la bolsa existe siempre el riesgo de perder. Nosotros sabemos claramente cuáles son las jugadas buenas y cuáles son las malas. Te voy a indicar, en vías de ejemplo, una buena. Invierte algún dinero en ella y verás como tu capital aumenta un poco.

-¿Y cuál es esta operación?

-La compra de acciones de la Transcontinental Airtransport.

-¡Estás loco! ¡Pero si estas acciones están claramente en baja!

-Lo sé. Sin embargo, subirán dentro de poco. Y la semana próxima habrán triplicado su valor. Haz la prueba y convéncete.

Abel el Dasser dudó unos momentos. Sí, el hombrecillo parecía sincero. Le había propuesto un negocio favorable para los dos; le convenía, por lo tanto, cumplir su parte del trato.

-Está bien -dijo-. Voy a dar la orden.

Telefoneó a su apoderado. El hombrecillo, mientras, curioseaba distraídamente en la otra parte de la habitación.

El gusanillo de la codicia empezó a roer la mente de Dasser. Se planteó una cuestión: si las acciones de la Transcontinental subirían al triple de su valor la próxima semana, ¿por qué limitarse a comprar sólo unas pocas? El negocio era seguro. Y el beneficio neto era del doscientos por ciento.

El triple de su valor...

-Jorge -llamó-; presta atención. Da orden de comprar todas las acciones de la Transcontinental Airtransport. Sí, sí, todas. Las que encuentres. Vende otras si es preciso, pero cómpralas todas. ¿Has comprendido?

-¡Pero jefe! -protestó el otro-. ¡Esto representa emplear todo el capital que tiene en reserva, y parte del activo! ¡Y la Transcontinental, han bajado hoy dos enteros más! ¡Se encuentran casi al borde del papel mojado! ¡Y se rumorea que la Transcontinental está a punto de declararse en quiebra¡ ¡Nadie compraría estas acciones!

Abel admitió que, en circunstancias normales, él tampoco hubiera comprado ni una acción. Pero el rizmuniano... Miró hacia él; permanecía en el otro extremo de la habitación, curioseando unas pinturas. Habló en voz baja:

-Tú no te preocupes, Jorge. Tengo informes fidedignos que van a subir de nuevo. De modo que haz lo que te digo; compra todas las que encuentres, aunque tengas que emplear para ello todo mi activo. ¿De acuerdo?

-Eh... Bueno, jefe. Lo haré. Pero recuerde que la orden ha partido de usted. Yo no quiero responsabilidades.

Abel colgó. El rizmuniano se volvió hacia él.

-¿Ya ha dado la orden?

-¡Oh, sí, claro! He comprado... un pequeño lote. Unas cuantas...

E interiormente se frotó las manos. Iba a hacer un negocio como nunca se había visto ninguno...

* * *

Pero aquella misma tarde, la voz compungida de su apoderado le comunicaba que las acciones habían bajado lo poco que les quedaba por bajar y que la Transcontinental, imposibilitada de atender a sus acreedores, se había declarado en quiebra.

Durante unos minutos, Abel el Dasser no acabó de asimilar la noticia. La quiebra, las acciones sin valor... ¡Y él había empleado todo su dinero!

Se volvió furiosamente hacia el hombrecillo:

-¡Canalla! ¡Me has engañado!

El rizmuniano levantó una mano.

-¡Ta, ta, ta! No digas palabras desagradables. No te he engañado. Yo te he dicho esta mañana que si comprabas una parte de las acciones, harías un buen negocio. En efecto, tu gesto haría que otros se decidieran a comprar también. Lentamente, las acciones subirían de nuevo. Los acreedores, al ver el alza, dejarían de apretar a la Transcontinental. Y la empresa se restablecería. Dentro de una semana, las acciones habrían triplicado su valor, e irían en auge.

«Pero tú no me has hecho caso, y has querido comprarlas todas. Así, has bloqueado el mercado y las acciones no han podido subir de valor. Prácticamente, has sido tú quien ha acabado de ahogar a la Transcontinental. Lo lamento, pero si existe algún culpable, éste has sido tú mismo. La ambición te ha perdido, amigo. Y créeme que lo siento. Espero que habrás aprendido la lección. Y que, como tal, no volverás a cometer tonterías.

»Claro que ahora ya es imposible hacer el negocio que habíamos proyectado. Lo siento, pero la culpa no es mía. Adiós, amigo. Que te diviertas.

Y, con una profunda reverencia de despedida, el rizmuniano desapareció.

Abel el Dasser quedó unos instantes inmóvil, anonadado. Ahora ya no le quedaba nada, salvo el valor material de sus almacenes y algunas pocas reservas. No le quedaría más remedio que liquidar las existencias para pagar a los proveedores y demás acreedores. Tendría que despedir a la servidumbre y contentarse con robots. Tendría que volver a empezar de nuevo...

Entonces fue cuando recordó que en el cajón de su mesita de noche tenía una pistola, siempre engrasada y siempre dispuesta a prestar sus servicios...

* * *

A la mañana siguiente todos los periódicos del mundo publicaban la noticia del suicidio de Abel el Dasser, después de haberse arruinado casi completamente «en una absurda e incomprensible operación bursátil».

Sin embargo, aquél no fue más que uno de los muchos casos de bancarrota que ocurrieron en África durante aquellos días. La mayoría de las personas más ricas del continente perdieron igualmente su fortuna, por causas desconocidas -léase rizmunianas-. Muchos, incapaces de soportar el ridículo, siguieron el ejemplo de Dasser. Otros, más filosóficos, decidieron seguir viviendo. Pero de las fortunas africanas, tan sólo un cinco por ciento quedó intacto. Todo lo demás se fue al suelo.

Y es que los rizmunianos, con su peculiar estilo, habían decidido invadir también África...

CAPÍTULO VIII

El plan

¡Extra, extra! ¡La economía africana se hunde por momentos! ¡Extra!...

Alfred Ronston detuvo al voceador y compró un periódico. Aunque ya imaginaba lo que iba a encontrar, leyó los artículos.

La cuestión era grave. La economía africana, a resultas de un repentino hundimiento de las mayores fortunas del país, que habían obligado a cerrar gran cantidad de fábricas, abocaba a un desastre. El poder adquisitivo de la moneda africana bajaba por momentos y todo el andamiaje sobre ella trenzado se estaba resquebrajando. Varias potencias extranjeras habían intentado evitar el desastre tomando el control de las fábricas amenazadas, pero aquello lo único que había hecho había sido retrasar la caída. El delegado africano en las Naciones Unidas había pedido el apoyo de los demás países, pero esto no resolvía la situación. La economía africana seguía bajando de nivel, hasta que llegaría, inexorablemente, al cero. África, como país, estaba siendo destruido...

En páginas interiores, el periódico publicaba otras noticias. El cierre de la mayoría de las fábricas había traído consigo el desempleo de gran parte de la población; los sueldos, al aumentar la mano de obra, habían bajado y con ello había venido la miseria. El coeficiente de robos y asaltos había aumentado de un modo peligroso. Y un país que tras largos años de lucha había llegado a civilizarse completamente estaba en peligro de caer de nuevo en la barbarie. Grupos armados se manifestaban contra los gobernantes...

Y mientras, los rizmunianos seguían actuando, saboteando las pocas industrias que no habían logrado hacer cerrar. En Kenya, acababan de hacer desaparecer una de las mayores refinerías petrolíferas del mundo, destruyéndola fulminantemente mediante la provocación de un incontenible incendio. Por suerte no había habido ninguna víctima, ya que los rizmunianos habían avisado a tiempo del peligro, ordenando que se desalojaran las naves. Pero aquello no restaba nada al hecho en sí. Y la gente odiaba ya a los rizmunianos más que al mismo diablo...

Ronston dobló él periódico, metiéndoselo bajo el brazo y se encaminó hacia el domicilio del doctor Thayer. Rob, que le conocía, le dejó pasar sin preámbulo. El biólogo se dirigió rectamente hacia el lugar donde suponía que

se encontraría el doctor: en su gabinete de trabajo.

Y allí estaba, enfrascado en la redacción de un informe psicológico del momento para el Gobierno. Le arrojó el periódico sobre la mesa, sin decirle una palabra.

Thayer lo retiró suavemente.

-Lo he leído. ¿Algo más?

-Sí; quisiera que me dijera si lo sigue considerando justo y equitativo. Son muchos los hombres que han muerto ya por culpa de los rizmunianos.

-Los rizmunianos no han matado nunca personalmente a nadie.

-No, pero han sido los causantes directos de todas las muertes. ¿Encuentra esto un proceder lógico y justificable?

-Bajo el punto de vista de los rizmunianos, sí. Ellos lo ven bajo un ángulo en el que es justo todo. Pero -añadió pensativo-, creo que es preciso encontrar una solución antes de que la cosa se complique demasiado.

-¿Qué quiere decir?

Thayer señaló el informe que estaba redactando.

-La gente se ha tomado la aparición de los rizmunianos demasiado a la tremenda. Y el mundo se está abocando a una neurosis colectiva. Los rizmunianos no lo comprenden, su sistema mental no les permite comprenderlo. Pero es preciso que todo termine antes de que sea demasiado tarde.

-¿Y cómo piensa terminarlo?

-De la única forma en que puede terminarse: haciendo que los rizmunianos tengan al fin su África.

-Sabe que sobre esto nosotros no transigiremos nunca.

Thayer sonrió.

-Yo no estaría tan seguro.

Suspiró. Tomó el informe de sobre la mesa y lo ojeó distraídamente. Comentó:

-Desearía poder charlar aunque sólo fuera unos minutos con un rizmuniano.

-¿Para qué?

-Para discutir algunas cosas. Creo que entre él y yo podríamos llegar a alguna solución viable. Y nos ahorraríamos muchas molestias. A nosotros y al resto del mundo.

Se hizo un silencio largo. Un silencio que rompió al fin una voz amable, simpática, sonando a espaldas de Thayer:

-¿Deseaba verme, doctor?

Thayer se volvió hacia el rizmuniano.

-Hola, Booz. Efectivamente, deseaba verte. Y estaba casi seguro de que, deseándolo muy intensamente, aparecerías por aquí. ¿Has visto mis deseos?

-Sí. Eres la única persona realmente comprensiva del mundo. Y por eso te dedicamos una especial atención. Te agradecemos la defensa que haces de nosotros.

-No es más que justicia. Oye, Alfred -Thayer se dirigió a Ronston-; Lorna se encuentra abajo, en el patio. ¿Por qué no vas a charlar un rato con ella?

-Pues, la verdad...

-Anda, hombre -intervino el rizmuniano-, no seas pelma. ¿No comprendes que el doctor quiere hablar conmigo en privado?

Ronston suspiró.

-Está, bien -dijo.

Y salió de la habitación. El rizmuniano se quedó mirando fijamente a Thayer.

-Bien, doctor; ya estamos solos. ¿Qué quería decirme?

Thayer cogió el periódico y se lo tendió.

-¿Has leído esto?

-Sí. Una verdadera lástima, ¿no le parece?

-Por supuesto, una verdadera lástima. Supongo que sabréis que, si todo esto sucede, es precisamente por culpa vuestra.

-En absoluto, doctor. La culpa es de ustedes, los terrestres. Si hubieran accedido a nuestras peticiones...

-Ya lo sé, no sigas. Estoy de acuerdo en que una invasión, tal como nosotros la esperábamos en un principio, hubiera producido innumerables más víctimas. Pero la gente no les hubiera dado la importancia que les da ahora. Cuando aparecisteis por primera vez, sencillamente, nosotros no os queríamos. Pero ahora os odiamos. Y aunque al final tengamos que transigir por la fuerza y aceptaros como vecinos en la Tierra, nunca gozaréis de nuestra simpatía. Seréis siempre considerados como intrusos.

-Esperamos hacer olvidar posteriormente a la Tierra todo lo sucedido ahora.

-Dudo que lo consigáis; nosotros no olvidamos tan fácilmente. Somos así, tozudos como mulas. Seremos capaces de privarnos incluso de alimentos, con tal de no tener que pediros nunca nada a vosotros. ¿Comprendes?

-Sí. Y me digo que cada vez les entiendo menos. Los humanos son singularmente complicados.

-Más de lo que parece. Mira, Booz. Yo, quizás por mi profesión de psicólogo, he logrado apartar de mí todo disfraz de convencionalismo terrestre, a fin de poder examinar fríamente la cuestión. Tú ya sabes que soy una de las pocas personas en el mundo que comprende vuestros motivos, que sabe entender por qué hacéis todo esto. Y precisamente por este motivo debo deciros que la línea de conducta que seguís está equivocada. No conseguiréis nada con ella. A pesar de que hundáis económica y políticamente a África, vuestros esfuerzos serán inútiles.

-¿Por qué?

-Porque somos orgullosos. África no cederá. O nosotros no la dejaremos ceder. Se está preparando ya un plan internacional de ayuda en el que participarán, en la medida de lo posible, todas las naciones. Y ante él, vuestros esfuerzos habrán sido inútiles.

-¿Y bien?

-Indudablemente, al final, conseguiréis vencernos. Por cansancio o por lo que sea. Podéis sabotear los envíos de alimentos y pertrechos a África, hacernos la vida imposible. Pero con ello nunca conseguiréis nuestra simpatía. Y si queréis llegar a convivir con nosotros, esto es lo primero que debéis intentar conseguir.

-¿Y cómo cree usted que podemos llegar a lograrlo?

Thayer sonrió.

-He estado ocupándome de este problema durante mucho tiempo. Los terrestres somos idiotas. Es lamentable que lo tenga que reconocer, pero es así. Y del mismo modo que os odiamos, podemos llegar a quereros como hermanos. Sólo con que vosotros pongáis algo de vuestra parte.

-¿Qué?

-Verás. Supongamos, por ejemplo, que de repente apareciera un peligro, fuera de la clase que fuera, que amenazara a la Tierra. Un peligro

cierto, inminente e inevitable. Un peligro que ninguno de nosotros, los terrestres, pudiéramos evitar. Un peligro, en suma, que pusiera en trance de perecer a todo nuestro planeta.

-De acuerdo. ¿Y bien?

-Ya está supuesto el peligro. Supongamos ahora también que un grupo de seres, extraterrestres, por supuesto, libra a la Tierra de este peligro. Naturalmente, la Tierra contraería con ello una deuda de gratitud eterna con estos seres. Y, por lo tanto, si ellos le pidieran algo, no podría negárselo, ¿no te parece?

-Por supuesto, por supuesto. Creo que empiezo a comprenderle.

-Ya lo suponía. ¿Qué te parece?

-Está muy bien. Pero la cuestión del peligro es eventual. Puede presentarse mañana mismo, o no puede presentarse nunca. Y además, puede ser un peligro de una índole que nosotros no podamos atajar. Y entonces...

Thayer le hizo callar con un gesto.

-Sé todo esto, lo he estado meditando durante largo tiempo. Y me he permitido trazar lo que podríamos llamar un plan de campaña. Estamos en guerra, ¿no? Entonces escucha...

* * *

Durante más de dos horas permanecieron hablando Thayer y el rizmuniano. Cuando terminaron, Booz lucía en su boca una amplia sonrisa.

-Amigo doctor -dijo-, si su idea se ve coronada con el éxito, el pueblo de Rizmun deberá elevarle un monumento, al estilo terrestre. Es un verdadero diablo.

Thayer suspiró.

-No lo creas, Booz. Sólo soy un pobre hombre que intenta arreglar las cosas a un mundo que no lo merece. Soy demasiado sentimental. Tal vez porque también soy demasiado viejo.

-Nunca se es demasiado viejo si se tiene inteligencia, fuerza y energía. Y usted tiene las tres cosas. Amigo doctor, quien se rebaja a sí mismo se ennoblece a los ojos de los demás. ¿No es eso lo que dicen entre ustedes? Le prometo que, si todo sale bien, el primer hijo que tenga llevará su nombre. Adiós. Pronto tendrá noticias mías.

Desapareció. Thayer se quedó mirando unos momentos el lugar que había ocupado el hombrecillo, y sonrió. Aquellos rizmunianos eran unos

verdaderos diablos, se dijo. Pero, si se les sabía encontrar el punto agradable, eran enormemente simpáticos. Cosa que casi nadie en el mundo había sabido apreciar.

Salió de la habitación, y bajó al patio. Allí, en un banco, con las manos entrelazadas, hablando muy quedito, se encontraban Ronston y Loma. Thayer suspiró: ¡Ah, juventud! Se acercó hacia allá. Al verle, Ronston se puso en pie con una pregunta en los labios.

Thayer se la cortó rápidamente, antes de tener que dar explicaciones.

-Jovencitos -dijo-, creo que, ahora que tenemos tiempo, deberíamos hablar un poco de vosotros. Me parece que ya va siendo hora de que penséis...

CAPÍTULO IX

El cometa

Las cosas andaban muy mal en el mundo.

Los rizmunianos se habían metido en todas partes. Interferían las emisiones de radio, saboteaban las industrias, le hacían la vida imposible a la gente...

Y, como dicen que las desgracias nunca vienen solas, dos días más tarde de la entrevista de Booz con el doctor Thayer, la Tierra se enfrentó con un nuevo peligro.

El primero en descubrirlo fue Ross Hunter, del observatorio de Monte Palomar. Estaba examinando la región de Antares, cuando de pronto...

Eran las dos de la noche, hora local. Hunter, que había notado unas ligeras variaciones en la estrella principal del sistema, la examinaba cuidadosamente.

Y de pronto, un objeto brillante apareció por la izquierda del telescopio.

Hunter quedó anonadado. El objeto cruzó el visor del telescopio a poca velocidad, como si fuera muy despacio o siguiera una trayectoria oblicua. Tardó tres minutos en desaparecer por el otro lado. Y Hunter quedó perplejo, no sabiendo aún, a ciencia cierta, qué era lo ocurrido.

Rápidamente reaccionó. Podía haber sido debido a algún fenómeno atmosférico, o podía no haberlo sido. Una ligera luminescencia en la parte posterior del punto luminoso indicaba que podía haber sido un cometa. Pero era preciso asegurarse.

Modificó la dirección del telescopio, buscando de nuevo el objeto, y no tardó en encontrarlo. Su velocidad era menor, al tiempo que se apreciaba de mayor tamaño, lo cual quería decir que seguía una órbita parabólica y oblicua con respecto a la Tierra.

Ya no cabía ninguna duda: era un cuerpo celeste. Probablemente un cometa.

-Jan -llamó a su ayudante-. Observe esto y calcúleme su trayectoria. A lo que puedo ver, parece que pasará bastante cerca de la Tierra. Mientras, yo voy a telefonear a Monte Wilson.

Así lo hizo. Los observatorios no estaban ya bajo jurisdicción militar. Del otro lado se puso el director del otro observatorio, atendiendo la llamada.

-Oye, Hal -dijo Hunter-; acabo de descubrir algo que al parecer es un cometa. Compruébalo en tu telescopio, a fin de tener una seguridad. Se me ha escapado a la altura de Antares, dirigiéndose luego hacia la izquierda. ¿De acuerdo?[1]

El otro asintió, Hunter iba ya a cerrar el contacto cuando su ayudante, a sus espaldas, dejó escapar un grito.

Se volvió rápidamente.

-¿Qué sucede, Jan?

El hombre contemplaba absorto los datos. Le miró unos momentos. Luego miró los papeles en los que había hecho los cálculos. Balbuceó:

-No... doctor... yo... Aquí...

Hunter se acercó y le arrebató el papel. Observó los cálculos. Y poco después, también él lanzaba un grito.

¡Porque los cálculos demostraban que el cometa no pasaría cerca de la Tierra, sino que chocaría contra ella!

* * *

-¡Ross, Ross! ¿Me escuchas? -la voz del director de Monte Wilson era agitada-. ¡Dios santo, he hecho los cálculos y me demuestran que el cometa chocará contra la Tierra! ¿También lo has constatado tú?

Hunter miró el papel. Luego miró el visoteléfono. Se dejó caer sobre una silla.

-Sí -murmuró con voz deshinchada-. Dentro de cinco días...

Así fue hecho público el descubrimiento. Un lacónico comunicado conjunto de varios observatorios envió al gobierno de los Estados Unidos los resultados de sus observaciones. Dentro de cinco días, un cometa chocaría contra la Tierra. Irremisiblemente. Sin ningún lugar a dudas.

La noticia, como es natural, trascendió rápidamente a todo el mundo. Fueron muchos los observatorios que captaron el fenómeno también y que también hicieron sus cálculos. Cálculos nada alentadores, por supuesto.

Al día siguiente de hecho el descubrimiento, todo el mundo sabía ya el fin que le aguardaba a la Tierra en corto plazo.

Y en aquel momento fue cuando los rizmunianos, tan bruscamente como llegaron, decidieron largarse.

Zog, el primer rizmuniano que apareciera en la Tierra, se dirigió a las oficinas de la gran Cadena Universal de radio y televisión, pidiendo participar

en el próximo programa nocturno, en conexión con todo el mundo.

-Tengo algo muy importante que decir -advirtió.

Todos creyeron que se refería al cometa y aceptaron inmediatamente. Aquella misma noche, la emisora lanzaba un programa simultáneo de radio y televisión dirigido a todo el mundo, con la participación única y exclusiva de Zog, el rizmuniano.

Aquella noche, millones de rostros ansiosos se acercaron al receptor de radio o a la pantalla de televisión, dispuestos a escuchar lo que tenía que decirles el hombrecillo. Bob Speaker, el ídem de televisión, hizo la presentación. Y Zog, para no perder la costumbre, se presentó apareciendo repentinamente a su lado.

-Apreciados amigos terrestres -empezó-. Nosotros, los rizmunianos, alentábamos la ilusión de poder aposentarnos en vuestro planeta. Para nosotros, esto hubiera sido la culminación de nuestro máximo anhelo. Sin embargo, vosotros no nos queríais. Estábamos dispuestos a obtenerlo, de todos modos, y por eso decidimos hacer que vosotros nos aceptarais, aunque tuviera que ser por la fuerza. Quizás nos equivocamos, o quizás no. Pero esto no es lo más importante ahora.

»Lo más importante es que, según nuestras observaciones -y vuestras también-, un peligro nos amenaza; un cometa se acerca a gran velocidad a la Tierra. Dentro de cuatro días chocará contra ella. Y todo el planeta desaparecerá, reducido a menudos fragmentos.

»Y nosotros nos preguntamos: ¿De qué nos serviría ahora que vosotros nos ofrecierais África, si África, junto con el resto del mundo, desaparecerá dentro de muy poco? Sería una solemne tontería. Por eso, preferimos declinar el ofrecimiento. Y con ello, cesar en nuestros intentos de convenceros.

»Tal vez en estos últimos días nos hemos portado mal con vosotros. Quizás hemos hecho demasiadas diabluras. Os pedimos perdón por ello. Espero que sabréis comprender los motivos que nos animaban. Ahora, sin embargo, estos motivos no existen ya. Por eso, no creo que debamos seguir haciéndolo. Reunido el consejo regidor de mi pueblo, hemos acordado dejaros tranquilos; abandonamos la Tierra. Lamentamos la situación en que os encontráis, pero no creemos que sea necesario que la compartamos. Rechazamos África. Rechazamos la Tierra. Continuaremos nuestro

peregrinaje por el espacio.

»Y esto es todo. Adiós, terrestres; buena suerte. Y, en los momentos que van a seguir, mucha calma. Rezaremos por vosotros.

Y, dicho esto, el rizmuniano desapareció. Speaker se quedó como quien ve visiones. Él, acostumbrado a entrevistar a los personajes más difíciles, a encontrar salida a todas las situaciones, sólo pudo balbucir en esta ocasión:

-Pero... yo... aquí...

Miró a la pantalla, quiso decir algo... Y lo único que acertó a pronunciar fue una exclamación muy poco adecuada a las circunstancias:

-¡Rábanos!...

* * *

La última palabra de Zog coincidió, mundialmente, con la desaparición de todos los rizmunianos que estaban repartidos por sobre la Tierra. Bruscamente, aquel día, a las once y tres minutos de la noche exactamente, hora universal, la invasión rizmuniana terminó.

Y la Tierra quedó enfrentada, sola, a su destino.

Si la aparición de los rizmunianos trajo consigo un revuelo formidable, su desaparición trajo aún mucho más. La gente que protestara de su repentina invasión, protestaba ahora aún más de su deserción. Era una canallada, decían, abandonar la Tierra a su suerte. Una verdadera canallada.

No tenían razón. Pero ellos estaban convencidos de todo lo contrario...

CAPÍTULO X

Un mensaje al mundo

-¿Usted cree que esto es lógico? ¿Cree que es leal? Nos han estado haciendo la vida imposible hasta ahora. Y cuando aparece un peligro, nos dicen «abur» y se largan con viento fresco. ¡Esto es una traición!

Thayer sonrió levemente. Se volvió hacia Ronston.

-No pierdas la calma, amigo Alfred. ¿Qué entiendes tú de psicología? Sólo eres un simple biólogo. Dedícate, por lo tanto, a Lorna, y deja que los acontecimientos sigan su curso.

-¿Qué quiere decir con que los acontecimientos sigan su curso?

-Nada, hijo, nada. Es sólo... un decir.

Ronston se fijó entonces en la carta que tenía Thayer sobre su mesa de trabajo.

-¿Qué es eso?

-¡Oh, nada! De repente me ha dado por participar en los programas de radio y televisión; un entretenimiento como otro cualquiera. Anda, vete a ver a Lorna, que debe estar impaciente por verte. La juventud de hoy en día es así; no conviene que la hagas esperar mucho.

Ronston se fue, aunque de mala gana. No podía discutir con el viejo; Thayer siempre se salía por la tangente. Y ahora parecía llevarse algo entre manos. ¿Qué sería?

Efectivamente. Thayer llevaba algo entre manos...

Cuando Ronston hubo salido, el doctor tomó el sobre y, sin abrirlo, repasó mentalmente el contenido de la carta que iba en su interior:

«A la Cadena Universal de Radio y Televisión, departamento de programas mundiales.

Señores:

Teniendo algo muy importante que revelar respecto a la repentina marcha de nuestros invasores, algo que puede hacer cambiar el destino de nuestro planeta, y que atañe a toda la población del globo, les agradeceré me tengan preparado para esta noche un programa mundial, a las once, a fin de poder enviar mi mensaje a todo el mundo.

Agradecido:

Bernard Thayer,

Doctor en Psicología y Parapsicología de la Universidad de Washington.»

Sonrió. En otras circunstancias, quizás nadie hubiera hecho caso de aquella carta, pero ahora sí. Su nombre se había divulgado mucho con relación a la última reunión de París. Y los directores de la cadena aceptarían cualquier cosa que pudiera poner freno a la ola de terror que estaba invadiendo el mundo.

Llamó a Rob.

-Lleva esta carta a la Cadena Universal de Radio y Televisión, entregándola personalmente al director del departamento de programas mundiales. Dile que me personaré allí esta noche, a las once menos cuarto. ¿Has comprendido?

-Sí, señor -respondió respetuosamente el robot.

Tomó la carta, y se fue.

* * *

Aquella noche volvía a haber una gran expectación en torno a los aparatos de radio y televisión. A las once en punto, Bob Speaker, más grave, más serio y con la cara más larga que de costumbre, apareció ante las pantallas y los micrófonos.

-Señores -informó-, el doctor Bernard Thayer, doctor en Psicología y Parapsicología de la Universidad de Washington, desea remitirles un mensaje relativo a los rizmunianos y su brusca desaparición, así como al cometa que amenaza a la Tierra. Ante ustedes, por lo tanto, el doctor Thayer.

Las cámaras enfocaron al doctor, que permanecía también grave, serio y silencioso. Hizo un gesto de salutación con la cabeza, y empezó.

Como era un hombre sincero, se abstuvo de poner pelos en su lengua.

-Apreciados amigos terrestres -dijo-, he venido aquí para deciros que somos, todos nosotros, incluso yo mismo, unos idiotas.

Una pausa. Ante todos los receptores y pantallas de televisión se oyeron sendos murmullos desaprobatorios.

-Sí, amigos -prosiguió Thayer-. Unos perfectos idiotas. Y conste que yo no me borro de la lista.

»Hace algunos meses, aparecieron de repente los rizmunianos en nuestra vida. Pequeños, ferozmente irónicos, sarcásticos casi, entrometidos, odiosos en todos los sentidos, se adueñaron de nuestro planeta, haciendo en él lo que querían, sin importarles un ardite lo que pensáramos y dijéramos nosotros. ¿Y por qué? Porque nosotros no accedimos a una pretensión suya

que, dentro de todo, era completamente lógica y natural.

»Nosotros nos irritamos porque nos habían invadido de aquel modo. Sin embargo, deberíamos estarles agradecidos por haberlo hecho así. ¿Por qué? Si alguien se hubiera detenido a analizar el poder mental de estos pequeños seres, se habría dado cuenta de que les hubiera bastado lanzar una onda de fuerza mental para destruirnos. Si hubieran querido, nos hubieran eliminado a todos en un abrir y cerrar de ojos, y así poder ocupar nuestro lugar en el planeta con toda tranquilidad. No lo hicieron. ¿Por qué?

»Se lo pregunté a un rizmuniano, y su respuesta fue: «Porque, con tantos muertos, la Tierra hubiera hedido de un modo insoportable». En realidad esto no era más que una típica contestación debida a su especial sentido del humor. La razón es otra, muy otra: los rizmunianos tienen un gran respeto a la vida ajena en sí misma. Son, en comparación con nosotros, y a pesar de lo que se pueda decir, mucho más sensibles y más humanos. Se han producido varias muertes a causa de ellos, es cierto. Pero nunca un rizmuniano ha causado directamente la muerte a un hombre. No lo hubiera podido hacer.

»Pero esto no es lo que realmente importa ahora. Nos encontramos de repente con que la Tierra se encuentra frente a un gran peligro, un peligro ineludible al parecer. Los rizmunianos han luchado por conseguir un lugar en el planeta. Hasta ahora no lo han conseguido. ¿Qué hacen, por lo tanto? ¿Quedarse aquí para morir con nosotros? Sería una estupidez. Por eso deciden irse. Han batallado para poder formar parte de la Tierra, y no han conseguido nada. No tienen nada que les retenga aquí, salvo odio y repulsión. Se van. Y nosotros, dentro de nuestra imbecilidad, les reprochamos el que nos abandonen ahora.

»«Por eso es, señores, por lo que al principio les he dicho que somos unos idiotas.

Hizo una pausa, Speaker había quedado olvidado en un rincón; toda la atención se centraba en Thayer. Este tomó aire, y prosiguió:

-Pero también he venido aquí a decirles otra cosa. La Tierra se encuentra amenazada por un gran peligro. Pero un peligro que no es, ni con mucho, inevitable.

»Poco antes que los rizmunianos nos abandonaran, tuve ocasión de hablar con uno de ellos. Conversamos sobre el cometa. Y él me dijo:

»-Es un peligro muy fácil de evitar. Al menos, lo es para nosotros. Bastaría un pequeño esfuerzo por nuestra parte para apartarlo de la órbita que sigue actualmente.

»-¿Y por qué no lo hacéis? -le pregunté.

«Me miró como quien mira a un bicho raro.

»-¿Por qué? -me respondió-. Porque nos hemos hartado ya. En todo el universo hemos encontrado muchas clases de seres estúpidos y ególatras. Pero ninguno como vosotros. ¿Qué nos une a vuestra Tierra? ¿Qué puede movernos a ayudaros? Absolutamente nada. ¿Para qué vamos, entonces, a hacerlo? Arregláoslas vosotros solos. Al fin y al cabo, habéis sido vosotros quienes nos habéis rechazado.

»No puedo evitar el decir que estas palabras reflejan la más pura verdad. No vamos a discutir ahora si ellos han procedido o no lealmente, y si su actitud para con nosotros fue o no equivocada. El error principal, la equivocación primitiva, provino de nuestra parte. La responsabilidad es, por lo tanto, nuestra.

»Ahora bien, tenemos ante nosotros una posibilidad. Los rizmunianos, lo he podido comprobar, no son rencorosos. Estoy completamente seguro que, si nosotros olvidáramos todo lo sucedido, ellos también harían lo mismo. Y que, si se lo pedimos, nos ayudarían. Nuestro destino está ya trazado en la figura de este cometa que se acerca por momentos a la Tierra. No tenemos nada que perder, y sí mucho que ganar. Los rizmunianos, si nosotros se lo pedimos como amigos, como hermanos, nos ayudarán.

»Señores, África es, dentro de nuestra Tierra, tan sólo una pequeña parte de terreno. Nuestra vida, la de todos los hombres, vale mucho más. Decidan. Y si están dispuestos a pedir su ayuda, llámenlos. Ellos acudirán, y les ayudarán. ¿No es cierto, Zog?

A su lado, bruscamente, apareció el rizmuniano. Miró a las cámaras, murmuró un corto:

-Claro.

Y desapareció de nuevo.

Así terminó el programa universal de Bernard Thayer...

CAPÍTULO XI

Claudicación

E1 alboroto que armaron las declaraciones de Thayer inundó el mundo entero. Para la gente desesperada, que preveía ya una muerte cierta, arrojarle aquella tabla de salvación era abrirle de repente las puertas del paraíso. Se necesitaba ser muy estúpido para desperdiciar, en similares circunstancias, una ocasión como aquélla. Y aunque los terrestres eran muy estúpidos, no lo eran tanto como para esto.

En París volvió a reunirse inmediatamente una comisión internacional para discutir el asunto. Y a ella fue invitado, como personaje de honor, el doctor Thayer.

Allí confirmó todo lo dicho con anterioridad ante las pantallas de televisión y los micrófonos de la radio, ampliando detalles. Los demás asistentes, mientras, se miraban entre sí, sin atreverse a hacer nada. Sabían que debían decidirse, decir claramente sí o no. Y quedaba muy poco tiempo. Pero a todos ellos les gustaba demasiado discutir como para llegar a una resolución a corto plazo.

Por eso, tuvo que ser un rizmuniano quien diera el último empujón.

Cuando Thayer terminó de hablar, Zog apareció, como era su costumbre, repentinamente a su lado. Miró fijamente a todos los reunidos.

Y dijo:

-Señores, si me encuentro ahora aquí es en gran parte gracias a la intercesión del doctor. Él me hizo ver que en realidad el sentir de los pueblos de la Tierra no es el mismo que el sentir de sus gobernantes, que los odios políticos, las envidias y las rencillas estúpidas son cosas de pocas personas. Que los culpables de lo sucedido son, en realidad, ustedes. Sí, ustedes, los que se encuentran reunidos ahora aquí, ante mí. El resto del pueblo terrestre se dejó arrastrar ante los hechos consumados, viendo sólo las consecuencias, sin saber cuáles eran las causas. Ellos nos odiaron porque ustedes les dijeron que debían odiarnos; no supieron nunca exactamente cuál había sido la razón de todo.

Y ahora estoy seguro de que si, en vez de formular nuestra petición a ustedes se la hubiéramos formulado directamente al pueblo en masa, exponiéndole nuestros deseos y nuestras razones, hubiéramos conseguido un «sí» unánime.

»Esa ha sido la principal causa de que no les hayamos abandonado completamente. Sí; a pesar de todo, los terrestres son unos grandes tipos. Y por eso, merecen nuestra atención.

»Pero antes queremos que sean ustedes quienes decidan, quienes se retracten de sus estúpidas opiniones. Queremos que sean ustedes, a pesar de todo, quienes digan «sí» o «no». En sus manos ponemos el destino de la Tierra. En sus manos está el demostrar que comprenden, o que no comprenden. Escojan.

Un delegado se levantó.

-Ustedes están dispuestos a salvar a la Tierra, conforme. Pero, ¿qué piden a cambio?

Zog sonrió.

-El derecho a figurar como habitantes de la Tierra. Ahora bien, ustedes tienen la palabra. Decidan: ¿aceptan, o no?

Fue posando su vista sobre los delegados, esperando la respuesta. El primero vaciló unos momentos. Al cabo, dijo con firmeza:

-Acepto.

Los ojos del rizmuniano pasaron al segundo. El delegado vaciló un poco. Luego:

-Acepto.

Después, el tercero:

-Acepto.

Y el cuarto:

-Acepto...

Así fueron pasando todos. Algunos vacilaron un poco. Otros, no. El delegado de África, sin ningún titubeo, sin vacilar un momento, dijo:

-Acepto.

Los últimos fueron los delegados de Rusia y los Estados Unidos. El ruso fue, de los ya interrogados, quien vaciló más. Se estudió la proposición unos minutos más largos. Miró a Zog, luego a su colega americano.

-Acepto -dijo al fin. Y pensó que con aquella palabra acababa de traicionar ignominiosamente sus ideales revolucionarios.

El norteamericano no vaciló menos que el ruso. Sus ojos se posaron también en el rizmuniano, y luego en su colega ruso.

-Acepto -dijo al fin. Y pensó que con aquellas palabras acababa de

traicionar ignominiosamente sus ideales democráticos.

El rizmuniano sonrió.

-De acuerdo -dijo. Y pensó que con aquellas palabras acababa de abrir ante los ojos de la humanidad un nuevo camino: el camino de la libertad y la igualdad internacional, fuera de toda clase de fronteras políticas o ideológicas. Ante los terrestres se abría ahora un sendero que los conduciría, por primera vez en su historia, a iniciar su paso al estado de pueblo verdaderamente consciente de sí mismo.

-¿Cómo piensan desviar el cometa? -preguntó uno de los delegados, más curioso o más osado que los demás.

Zog volvió a sonreír.

-Esto es algo que no puedo revelarles -respondió-. Su explicación está demasiado lejos de su estado actual de progreso. Pero básteles saber que lo desviaremos. Ahora debo irme. El cometa se acerca, y tenemos mucho que hacer todavía. Adiós, señores; mediten un poco. Pronto nos veremos.

Y, para no perder la costumbre, desapareció como las veces anteriores...

* * *

Si había en la Tierra cincuenta mil millones de pares de ojos capacitados para ver, cincuenta mil millones de pares de ojos estuvieron durante todo el tiempo que siguió a la entrevista relatada apuntando sin cesar al cielo.

El cometa era ya visible como un disco de un tamaño algo inferior a la mitad de la Luna. Si los rizmunianos cumplían su palabra, a aquellas horas el cometa debería estar ya desviado. Y pasaría inofensivamente al lado del planeta, sin causarle el menor daño.

Ross Hunter, con los ojos materialmente pegados al ocular del telescopio, seguía sin interrupción la marcha del astro incandescente. Pidió a su ayudante:

-Jan, calcule la órbita.

El hombre hizo lo indicado, por centésima vez en poco tiempo. Respondió:

-Sigue la misma.

Hunter se mordió los labios. ¿Qué hacían aquellos condenados rizmunianos? Sólo tenían cinco horas para variar la órbita antes de que sus

efectos se dejaran sentir sobre la Tierra. Y a cada segundo que pasaba el ángulo de la variación era mayor. Lo cual equivalía a una mayor dificultad en llevarlo a cabo.

-Con tal que puedan hacerlo... -murmuró entre dientes. Y luego, dirigiéndose a Jan: -Calcule la órbita.

Había pasado menos de un minuto desde que el hombre le diera el resultado anterior. Suspirando, volvió a emborronar unas cuantas cuartillas. Y repitió, como un estribillo:

-Sigue la misma.

Un momento de silencio. ¿Qué podía suceder allá arriba? ¿Qué diablos estarían haciendo en aquellos momentos los rizmunianos? En el espacio no se veían señales de ninguna clase de vehículo espacial, aunque ya todo el mundo creía que los rizmunianos no habían llegado a la Tierra en ninguna clase de astronave.

Aquella incertidumbre, mataba. Y Hunter tenía los nervios ya cabeza abajo.

-Calcule la órbita -volvió a pedir.

Una pausa, el tiempo de emborronar unas cuantas cuartillas más. Luego:

-Sigue la misma. .

Nuevos instantes de suspenso...

-Calcule la órbita.

Unos garabatos en el papel, y...

-¡Ya! -el ayudante dio un salto que estuvo a punto de incrustarle contra el alto techo de la cúpula del observatorio-. ¡Ya! ¡Ha variado la órbita!

Hunter sintió que su barómetro particular bajaba al fin al nivel normal. ¡Dios santo, ya era hora! Se lanzó hacia los papeles, y verificó él mismo los cálculos. Vio que su ayudante tenía razón. Repentinamente, el cometa había variado su órbita en un ángulo de cuarenta y tres grados. Ahora pasaría aproximadamente a doscientos millones de kilómetros de la Tierra; una distancia desde la cual el único efecto que causaría sería un pequeño aumento de unos centímetros en la variación de las mareas. Nada de importancia.

Se dejó caer en un sillón, lanzando un suspiro de alivio. Al fin la tensión había terminado. Todo volvía a estar normal. Se secó el sudor de su frente. Pensó en las tres noches que llevaba sin dormir, las últimas horas al pie

del telescopio... Se dijo que la tarea de astrónomo era, en el fondo, una tarea ingrata. Y, entre dientes, murmuró:

-¿Por qué diablos no se me ocurriría dedicarme a la horticultura...?

* * *

El regreso de los rizmunianos a la Tierra fue una verdadera apoteosis. Fueron acogidos literalmente a bombo y platillo. Como había dicho muy bien el doctor Thayer, el acto de salvar a la Tierra de aquel peligro cierto había convertido a los rizmunianos de invasores en libertadores. El odio se había trocado en amor. Y los terrestres no tuvieron ambages en reconocer que les debían la vida. Y que, por tanto, su gratitud debía ser eterna.

El doctor Thayer, y también Zog, fueron entrevistados multitud de veces en los próximos días. Una y otra vez, ante los periódicos, ante la radio, ante la televisión, expresaron lo que ya todos conocían. Y el público se sintió contento.

Una de las entrevistas más completas que se realizaron fue la de Thayer y Zog conjuntamente, en un diálogo vis a vis con Bob Speaker, mucho más alegre y optimista que en las últimas dos entrevistas, frente a los micrófonos y cámaras de la Cadena Universal de Radio y Televisión. Speaker llevó el diálogo de un modo claro y ameno, que elogió el mundo entero como una de sus mejores actuaciones. Y terminó con unas simbólicas palabras:

-Esta es -dijo-, la historia de cómo nuestros amigos los rizmunianos, desinteresadamente, nos salvaron de un peligro cierto y horroroso que avanzaba hacia nosotros, sin que tuvieran obligación de hacerlo. Debemos darles nuestras gracias por su ayuda ante esta amenaza que, de no ser por ellos, hubiera destruido completamente nuestro planeta y a todos nosotros.

Y Zog y Thayer se miraron unos momentos, y se guiñaron un ojo.

Porque nadie en el mundo, nadie salvo los propios rizmunianos y Thayer conocían, a pesar de todo, la verdadera realidad de lo sucedido. Nadie sabía que la aparición del cometa había sido propuesta por el doctor como una forma de reconciliarse los rizmunianos con la Tierra, y que el mismo cometa era en sí mismo un *bluff* espectacular hábilmente preparado, que no hubiera destruido ni por asomo nuestro planeta. Todo el mundo creía en la realidad de la amenaza, y por ello mismo creía también en la salvación de la Tierra a manos de los seres de Rizmún. Con lo cual todo el mundo había salido ganando...

CAPÍTULO XII

Y así termina la historia...

Y así termina la historia de la más extraña invasión sufrida por la Tierra a lo largo de toda su historia como planeta habitado.

Hemos de señalar, aunque ya todo el mundo 1o sabe, que los rizmunianos cumplieron con creces su palabra. Unos breves toques de sus manos dejaron Siberia convertida en un paraíso terrenal. Los africanos no tuvieron ningún inconveniente en trasladarse a lo que iba a ser su nuevo hogar. Y los rizmunianos tampoco.

Hoy, África -transformada en el país autónomo Nuevo-Rizmún- es un nuevo paraíso terrenal. Los rizmunianos han hecho maravillas. Por doquier se levantan espléndidas ciudades, inconcebibles para la mente arquitectónica terrestre. Y, en el centro de todas ellas, la capital, Tierra-Rizmún. Como recuerdo de la alianza terrestre-rizmuniana, en el centro de la capital se levanta una enorme estatua de más de cincuenta metros, que representa un terrestre y un rizmuniano dándose la mano. El rizmuniano tiene el rostro de Booz, y el terrestre el de Bernard Thayer. Los rizmunianos han querido simbolizar con ello la alianza entre los dos pueblos. Y, realmente, lo han logrado.

En la actualidad, millones de terrestres visitan anualmente el dominio de los rizmunianos, en plan turístico, de estudios y de intercambio. Tierra-Rizmún posee una Universidad para terrestres de iniciación a la cultura rizmuniana, y en Washington otra Universidad cumple los mismos fines en sentido contrario. La amistad estrecha ahora cada vez más los lazos, y nadie recuerda ya los tiempos pasados. Los rizmunianos han sabido hacerse querer de los terrestres.

Y esto ha borrado completamente antiguos odios y rencores.

Booz cumplió su palabra. El primer hijo que tuvo -primero de una serie de treinta y tres- recibió el nombre de Bernard. Una nutrida representación de rizmunianos asistió a la ceremonia de la boda de la hija del doctor con Ronston, y el propio Booz ofició de padrino. Thayer, emocionado, prometió que el primer nieto recibiría el nombre de Booz. Ronston se opuso.

Ahora, pasados cuatro años desde la fecha en que los rizmunianos aparecieron por primera vez en la Tierra, la estructura del mundo ha cambiado completamente. Rusia ya no es Rusia, y los Estados Unidos ya no son los

Estados Unidos. Las armas atómicas crían polvo en un rincón y, por primera vez en la historia, los dos pueblos rivales se han llamado hermanos sin arrearse después de bofetadas. Una nueva era está naciendo para la Tierra, una era de esplendor y armonía que nunca hasta ahora se había conocido. El hombre ha dejado por primera vez de ser animal sanguinario para convertirse verdaderamente en lo que debe ser: el Hombre. Y todo ello se debe ni más ni menos que a ellos, los rizmunianos.

Por eso, recordando los primeros tiempos de su aparición, recordando su petición y nuestra negativa, cabe preguntar: aun considerando que el asunto del cometa fue una estratagema, que los rizmunianos no salvaron realmente nuestro planeta, y que, por lo tanto, nosotros les entregamos África casi gratuitamente, considerando que en resumidas cuentas les hicimos un favor, ahora, a la larga, observando los resultados de los hechos, ¿quién ha salido ganando más en el trato? ¿Los rizmunianos, o nosotros?

La respuesta es bien simple. Y ello hace pensar que en el futuro los historiadores estudiarán esta época y, analizando fríamente las acciones humanas, no tendrán más remedio que llegar a la misma conclusión a la que llegó el doctor Thayer:

Que los terrestres, pese a todo, hemos sido en toda nuestra vida unos perfectos idiotas.

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO
ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

117.—El silencio de Helión, *Robín Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'Hara.*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria, *George H. White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Profesor Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Profesor Hasley.*
127.—Energía «Z», *Profesor Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel transatlántico, *Profesor Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Profesor Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennett.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennett.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*
138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal, *Joe Bennett.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus, *Van S. Smith.*
148.—El astro prohibido, *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante, *C. Aubrey Rice.*
150.—La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
152.—Rutas ignoradas, *J. Negri O'Hara.*
153.—Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*
154.—La Diosa de Venusio, *Joe Bennett.*
155.—Condenados a morir, *Joe Bennett.*
156.—La barrera de las sombras, *A. S. Jacob.*
157.—Las huellas conducen... al infierno, *Van S. Smith.*
158.—El Planeta de nadie, *Henry Keystone.*
159.—Regresaron dos muertos, *Joe Bennett.*

160.—El mundo de los seres condenados, *J. Negri O'Hara.*
161.—El Planeta maldito, *P. Danger.*
162.—Asesino interplanetario, *Henry Keystone.*
163.—Extraños en la Tierra, *Van S. Smith.*
164.—Marionetas humanas, *Vic Adams*
165.—La nave pirata, *Joe Bennett.*
166.—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.*
167.—Cuatro a Mercurio, *Peter Kapra.*
168.—Donde empieza el límite, *J. Negri O'Hara.*
169.—La onda invencible, *Joe Bennett.*
170.—Eratom 225, *Prof. Hasley.*
171.—Después de la hora final, *Van S. Smith.*
172.—Bases submarinas, *J. Negri O'Hara.*
173.—Nieblas blancas, *P. Danger.*
174.—Submares de muerte, *Joe Bennett.*
175.—La espacionave del terror, *Joe Bennett.*
176.—Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.*
177.—Rebelión en la galaxia, *V. A. Carter.*
178.—El umbral de la Antártida, *P. Danger.*
179.—Los hombres del más allá, *P. Danger.*
180.—Bloqueo en el espacio, *Ray Kualiter.*
181.—La muerte azul, *V. A. Carter.*
182.—Un mensaje en el espacio, *Van S. Smith.*
183.—Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley.*
184.—¡Descohesión!, *P. Danger.*
185.—La nueva raza, *V. A. Carter.*
186.—El extraño viaje del Dr. Main, *Van. S. Smith.*
187.—Venus llama a la Tierra, *Van S. Smith.*
188.—Sonidos silenciosos de Venus, *V. A. Carter.*
189.—La ruta de los pantanos, *P. Danger.*
190.—¡Ayúdanos, terrestre!, *V. A. Carter.*
191.—Polizón en el espacio, *Edward Wheel.*
192.—El nuevo poder, *Van S. Smith.*
193.—Prisión cósmica, *V. A. Carter.*
194.—El misterio de la misión Silverton, *J. Negri O'Hara.*
195.—Intrusos siderales, *Van S. Smith.*
196.—La Tierra no puede morir, *V. A. Carter.*
197.—La amenaza sin nombre, *P. Danger.*
198.—Luna ensangrentada, *Van S. Smith.*
199.—Diablos de la Ionosfera, *Van S. Smith.*
200.—Viaje al infinito, *P. Danger.*
201.—Cargamento para el infierno, *V. A. Carter.*
202.—La locura de Bevinton, *Van S. Smith.*
203.—El planetoide maldito, *Van S. Smith.*
204.—Los Hombres Gusano de Ceres, *Leo MacDonal.*
205.—Los Vampiros de la Muerte, *Leo MacDonal.*
206.—Cautivos de Voidan, *V. A. Carter.*
207.—Atentado a la Tierra, *J. Scott Barry.*
208.—Comandos en el espacio, *Edward Whell.*

213

Una obra interesante, llena de acción y realismo que escribe para usted, lector, la pluma de:

EDWARD M. PAYTON

ACORAZADO SIDERAL XB - 403

Unos personajes llenos de vida que hablan en el año 3 000 el mismo lenguaje de siempre. Unos seres esforzados de otros mundos en su lucha por la supervivencia.

ACORAZADO SIDERAL XB - 403

Le llevará a los infinitos espacios siderales, vacíos y silenciosos, donde la vida desaparece. Y sin embargo también allí hay seres que saben luchar, amar y morir por un ideal, por una patria.

No deje de leerla en el próximo número de la sugestiva colección

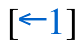
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 7 pesetas.

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú. 924. Bs. As.

Notes


[←1]

Hay que tener en cuenta que las imágenes reflejadas en los telescopios se ven invertidas. Por lo tanto en ellas, lo que está a la izquierda corresponde a la derecha, y lo de la derecha se encuentra en la realidad en la izquierda.